



CUADRO NEGRO
ensayo

Table of Contents

EMPACADOS AL VACÍO

Exhibicionismo nacional
Estar solos
Otras realidades son posibles
Coyoacanenses
Los intelectuales y el clima
Love me
Una noche es una noche
Generación
La naturaleza es un indio vivo
Resistencias
Las cartas
Este día
Sobre las mentiras
Sobre el tiempo y las corporaciones
Vida diaria
Semántica
Vida nacional
Escritura
A esta edad
La imaginación y los escritores
Religiosidades
Biografía de un espectador
Dormir solos
Principios
Un día sobre otro
Ofrecer el corazón
El presente
Libertad
El tiempo que vendrá
Foto de familia
Madurez
Justicia

[Crecer en puerto](#)
[Aspiraciones](#)
[Un final feliz](#)
[La estampida inevitable](#)
[Amar árboles](#)
[Los escritores y procesos de lectura](#)
[Para nadie](#)
[Julia Roberts](#)
[Desviación de la tesis I](#)
[Mis negros difuntos](#)
[Desviación de la tesis II](#)
[Desviación de la tesis III](#)
[Oficio de difuntos](#)
[Notas sin importancia](#)
[Literatura feminista](#)
[Escritura tesistencial](#)
[Hombres y cosas](#)
[Inquisiciones](#)
[Escritura y feminismo](#)
[Semana santa](#)
[Este mundo](#)
[Historia familiar](#)
[Historia común](#)
[1 de mayo](#)
[Los que habitan](#)
[La poesía y las uvas](#)
[Felicidad como rendición](#)
[La invención de la casa](#)
[La angustia](#)
[Tarea de cronistas](#)
[Estereotipos](#)
[Desvaríos](#)
[El alcohol y la nostalgia](#)
[Sábado](#)
[Asuntos del alma](#)
[Sabiduría](#)
[Árboles y aceras](#)
[Amistad](#)
[Ciudad](#)
[Neuróticos anónimos](#)
[Este es un gato](#)
[Tlalpan](#)
[Acento costeño](#)

[La lectura](#)

[El mar, el mar...](#)

[Fotos](#)

[Lunes a 35 grados](#)

[La ciudad de México. Éxodos centrípetos](#)

[Nota sobre narratología](#)

[Aviso](#)

[Los hábitos del clan](#)

[El amor se nos cae encima](#)

[Planear](#)

[Lo que pasa...](#)

[Orden allá arriba](#)

[Capitalismos salvajes y capitales perdidos](#)

[Chicago I](#)

[Chicago II](#)

[Notas](#)



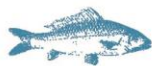
BRENDA RÍOS (Acapulco, Guerrero, México, 1975). Escritora, editora, traductora, profesora universitaria. Radica en la ciudad de México. Se ha mudado de casa ocho veces. Premio Nacional de Poesía Ignacio Manuel Altamirano 2013. Becaria de los programas de Residencias Artísticas FONCA-CONACYT (Brasil, 2011), FONCA-Jóvenes Creadores (2009-2010), Programa de Estímulos a la Creación Artística-Guerrero (2010), Fundación para las Letras Mexicanas (2003-2004). Autora de los libros *Las canciones pop hacen pop en mí. Ensayos sobre lo ridículo, lo cotidiano, lo grotesco*, IVEC, Xalapa, 2013; *Empacados al vacío. Ensayos sobre nada*, Calygramma, Querétaro, 2013; *El vuelo de Francisca*, Pehuén, Chile, 2011. *Del amor y otras cosas que se gastan por el uso. Ironía y silencio en la narrativa de Clarice Lispector*, Tierra Adentro-f.l.m., 2005.

Colaboró en las bitácoras electrónicas: [LOS REDUCCIONISTAS](#) y en [LOS INAUDIBLES](#).

BRENDA RÍOS

EMPACADOS AL VACÍO

CUADRO NEGRO



Brenda Ríos
EMPACADOS AL VACÍO

ENSAYOS SOBRE NADA



CUADRO NEGRO
ensayo

Empacados al vacío. Ensayos sobre nada

D.R. © Brenda Ríos, 2013

Diseño de portada: CUADRO NEGRO

Publicado originalmente por [Editorial Calygramma](#)

CUADRO NEGRO ensayo

*La ciudad no deja tantas opciones
La valentía se agota al cruzar las calles
Un sorbito de alegría el mundo*

Tu recuerdo vive en mí como un aguacero
RICKY MARTIN

Exhibicionismo nacional



Muchas personas no creerían que los mexicanos seamos particularmente exhibicionistas, pero basta caminar (por las colonias que lo permitan) y pararnos frente a las casas y departamentos en esta ciudad para dar cuenta de ello. En varias colonias se pueden apreciar grandes ventanales a la altura del que pasa sin que haya cortinas corridas, así, uno puede observar los muebles, la distribución de los cuadros, la calidad del piso laminado, las fotos de familia. Hay muchas casas en Coyoacán, sobre Fernández Leal, que parecen abandonadas pero siguen estando habitadas por viejitas sin familiares que puedan ayudarles a regar sus plantas, así que las macetas están sobre los frisos pidiendo al que pase la caridad de un vaso de agua. En Ámsterdam, en La Condesa, nos detuvimos frente a una casa que parecía una vitrina: ahí, frente a nosotros, como en la pantalla viva de un televisor, estaban personas sentadas en un sofá mientras admirábamos la colección de piezas prehispánicas puestas muy cerca de la ventana, los cuadros que tratábamos de adivinar —desde nuestro sitio privilegiado—, el autor y el periodo de creación. Los de la casa nos miraban mirarlos pero no parecía importunarlos, parecía natural que dos mujeres se detuvieran en su trayecto para mirar esa casa, el color rojo ladrillo del muro de fondo y el centro de mesa. Nos sentimos invadidas por esa falta de intimidad que descubrimos en los demás y, claro, en aceptar nuestro propio voyeurismo. Hay algo como de orgullo en la exposición de la casa, de los objetos...

El otro día me detuve sin querer frente a una ventana de éstas, abiertas, y admiré el azulejo de una cocina pequeña y limpia, todo ahí daba una sensación de orden y de calidez. Recordé alguna vez cuando viví en La Portales un departamento en un segundo piso cuyo baño daba a la calle y estaba casi a la altura de un semáforo estratégico, fueron varias las ocasiones que llegué a ver al mismo hombre gordo en camiseta blanca rasurándose, supongo que empezaba el día tarde sin pena ni gloria ni escrúpulos ni pudor alguno: todos en la pesera podíamos verlo con calma, hasta memorizar si hubiéramos querido el diámetro de su estómago, el diseño de su cortina de baño, la densidad de su crema de afeitar.

He visto escenas familiares que toman lugar en los primeros pisos de grandes edificios, como si fueran todavía casas de provincia donde cualquiera puede entrar y saludar, o sentarse sin pena a esperar a los dueños si por alguna razón no estuvieran ahí. Mis padres me contaron alguna vez que en su pueblo había una mujer alcohólica, conocida por todos, que entraba a las casas, abría los refrigeradores y buscaba cerveza fría, si llegaba a encontrar alguna pedía inmediatamente al anfitrión resignado que le destapara la botella y se largaba *ipso facto* a la calle de nuevo hasta que la sed le llegaba otra vez y entraba en la casa más próxima con el mismo fin.

Caminar sobre Universidad a cierta hora cuando cae la noche nos hace notar que en los pisos superiores de los edificios tampoco es distinta la cosa: la mayoría de las cortinas son traslúcidas, uno puede ver todo, si no los rostros sí las siluetas, como en un teatro de sombras.

En el edificio donde vivo, que son varios departamentos muy próximos, el exhibicionismo es casi íntimo, sólo para los de aquí —no para los de fuera porque no hay muchas ventanas hacia la calle—. Cerca de la puerta principal vive un músico que todas las noches cuando salgo lo veo sentando al fondo de su casa y entre él y yo hay esa luz grisácea e intermitente del televisor, así que trato de no voltear pero es como un acuerdo tácito: yo volteo, lo miro viendo la televisión y levanta la vista, así que entre su mirada y la mía está la mirada hueca de la pantalla. Sólo una vez me sorprendí: estaba sentado en el mismo lugar, como siempre, pero no había luz que nos separara, estaba tocando la guitarra y cantando, solo. Fue la primera vez que me sentí invasora.

Mi teoría tiene que ver con que los edificios de esta ciudad, especialmente los primeros pisos, reciben poca luz, así que es normal abrir las ventanas para que se ventilen las habitaciones y por qué no, a falta de luz natural dejar entrar a los demás en estos compartimentos breves de la intimidad, para no sentir, imagino, que uno vive en cuevas oscuras. Estar más cerca del otro: ser del otro un instante, dejar que el otro entre a la casa. Son como variaciones fugaces de amistades espontáneas.

Estar solos



La soledad es necesaria. Para que el ser se revele, como en las sesiones espiritistas, es importante hacer espacio y silencio. Huyendo de ella es cuando la encontramos en su peor forma. Creemos, porque se educa socialmente a ello, que hay que evitarla, darle la vuelta, llenar cada minuto del día con ruido, con actividades y con personas para no darle tiempo a que provoque, a que se quede definitiva como un mal huésped. Por eso buscamos a los seres que parecen felices, que parecen estar bien en nuestra idea de bienestar. Creemos que podemos ser equivalentes, que la algarabía es de contagio, que uno puede ser de tantas otras maneras que nos olvidamos de nosotros.

Sé de una mujer que toda su vida adulta ha estado acompañada, múltiples parejas amorosas sustituyen a los familiares. ¿Qué significa estar solo? Las mujeres mayores (más que los hombres) que por divorcios, viudez o decisión propia viven solas son miradas en gran medida con pena y conmiseración, nunca se les admira. Decimos al que padece te entiendo cuando somos incapaces de estar en casa sin ruido que llene los huecos de las horas.

Otras realidades son posibles



En el recibidor del séptimo piso de una oficina de Polanco. Dos sillas muy próximas. Un hombre está sentado esperando y la secretaria me dice que tome asiento. Ocupo la otra silla. Decimos buenas tardes y no hace ningún intento por hablar los siguientes treinta minutos que estamos ahí viendo macetas de bambúes que respiran hacia el techo. Las paredes son blancas. Las corporaciones se parecen tanto a los hospitales: asépticas, distantes, asegurándose que nadie pueda encariñarse con ningún objeto. Pienso si el hombre va por la misma vacante que yo y me considera su rival y por eso su silencio, pienso si es tímido o la cercanía de mi silla le imponga una invasión de su territorio. Sus rodillas están a unos veinte centímetros de las mías. Yo trato de no hacer ruido mientras me acabo mi café, estoy sudando. Mi ropa formal no incluye blusas ligeras y lo único que tenía era una camisa azul de manga larga. Noto por primera vez que mis zapatos no combinan con el bolso. Que debí haber investigado más sobre la compañía. Qué tenemos en común este hombre y yo que coincidimos este día para buscar algo similar y quizá corrimos por la ciudad para llegar a tiempo mientras nos hacen esperar y ahora se me ocurre si la espera no es intencional y haya una cámara que capte las reacciones de dos desconocidos que se encuentran. Mujeres y hombres salen, nadie llega por nosotros. Son parte del escenario. Por fin, al hombre lo llaman, lo hacen entrar por una puerta transparente que se abre con la identificación del que lo lleva, y por un instante puedo ver personas trabajando en cubículos azules frente a sus monitores.

Llega otro individuo a entrevista. Ocupa la silla vacía. Noto su traje impecable, sonrío, saluda y a bocajarro me pregunta qué estoy leyendo. Me habla de las corporaciones alemanas, gringas y mexicanas para las que ha trabajado, yo le hago preguntas sobre los exámenes psicométricos y él me confirma los perfiles de los trabajos corporativos de acuerdo a nacionalidades y culturas. Se me ocurre de pronto que quizá su conversación sea otra prueba para mí. Quizá no solicita un trabajo de recursos humanos sino es él el encargado de evaluar a los candidatos de la empresa y por alguna razón psicológica descubrieron que la sala de espera era el mejor lugar de evaluación. Ya es tarde para

pensar eso. Traje azul a rayas, zapatos negros, no parece percatarse del clima de afuera, hasta las mancuernillas en su camisa son perfectas. Es muy moreno, rasgos hindúes, ojeras pronunciadas y unos dientes muy blancos. Su seguridad me desconcierta.

El primer hombre sale y ahora vienen por mí. Hace calor, tengo el cabello demasiado corto, los jeans no son apropiados y los zapatos no hacen juego con el bolso. He pasado demasiado tiempo en la escuela y esto es lo que llevo pensando que es la vida normal: una amplia armonía blanca de cuadros en las paredes diseñados para dar calma.

Coyoacanenses



Coyoacán es uno de esos lugares en el mundo donde la gente ordena desayunos a las dos de la tarde. Los niños salen de los colegios, las madres apuran los trámites de la comida y yo miro desde la ventana del café mientras estas realidades chocan entre sí y parecen fluir naturalmente. El hombre (joven, blanco, barbado) de al lado contesta el celular: “Estoy por Coyoacán... no, me vine a tomar un café... jajaja... sí, traje la bicicleta... nada, leyendo el periódico, tomando café y en un rato tengo que regresar a la casa para escribir sobre Bimbo... ajá, sí, después voy al gimnasio y luego llega el Jake a la casa... sí, ya en la tarde... yo también, un beso... ah, traigo mi gorra nueva... bueno, te veré al rato... mmgghhhjjj, todo bien... besitos...”; otro hombre cerca de mí pide un café y abre un libro de letra pequeña, pone sobre la mesa una libreta azul y ofrece sus pies a la silla colocada enfrente. La relación de la lectura, el tiempo libre, los cafés y este clima que agota... Podría ir al centro comercial, sentarme en algún lado a mirar los hombres de otras, hombres jóvenes y viejos detrás de las carriolas de marca, detrás de niños rosáceos sobrevitaminados, hombres que dicen sí a todo, aceptando la vida que pasa... voy al mercado y elijo los pimientos amarillos, los mangos, las cebollas que brillan, la piña, los nopales, los tomates. La dinámica de casa es extensa. Son ya las tres de la tarde.

Los intelectuales y el clima



Los intelectuales son fáciles de distinguir. En la ciudad soleada, en las calles ardientes son los únicos que andan con camisa de manga larga, suéter (de lana, cuello en V), saco de pana y, en ocasiones, bufanda. Inspiran ternura o un maternalismo subjetivo (ganans de ofrecerles un caldo de pollo para el alma, más Prozac y menos Platón, sugerirles que dejen por unos días a Kierkegaard o Hegel). Los imagino sorprendidos porque después de habitar otros lugares en los libros —se nota que recién salieron de su biblioteca: húmeda y fría—, salen al día que arde. Cruzan las calles sin voltear a los dos lados, cristos despistados sobre el agua, las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada, concentrados científicamente en la acera. No se inmutan jamás cuando voltean a verlos por su apariencia extranjera; no se cuidan el pelo. Saben, desde hace tiempo, que la gente los aprecia por su inteligencia aguda y su percepción de la realidad incluso cuando no la vivan, o mejor dicho, de su capacidad de sospechar la realidad y no por su corte de pelo. En eso, los hombres llevan ventaja: los años les pueden caer en un sobrepeso consentido socialmente y nadie los juzga por su apariencia sino por su capacidad de argumentación. Las mujeres, aún brillantes, son motivo del juicio —intelectual o no—, evaluación —argumentada o no—, de su envejecimiento. Claro, por qué habría de existir la justicia, dice Borges en una entrevista.

Los intelectuales sobreabrigados tienen presente los consejos de la madre para evitar resfríos. El clima es lo de menos, el asunto es abrigarse. Refugiar la fragilidad bajo capas de ropa. Eso y el sentido extraño del espacio-tiempo es lo que hace de los intelectuales personajes entrañables aun si burlescos. No saben el día que corre, ni la hora exacta. Les da igual los lunes o los jueves a menos que tengan clase o sesiones de trabajo académico. El asunto es pensar. Vivir para pensar. La pasión se concentra en el archivero personal de sus libros, documentos y tesis varias. Celebran, como un adolescente puede celebrar la llamada ansiada o el nuevo álbum del grupo de rock extra alternativo, el libro que les llegó después de meses de espera. La edición crítica, traducida por... con notas inéditas de... que viene a enriquecer su colección sobre el mismo libro o tema.

Por eso, por sus asuntos siempre elevados e incomprensibles para la mayoría, no tienen capacidad para resolver asuntos de orden simple, doméstico o silvestre: las cosas manuales, los trámites de Hacienda, el llenado de solicitudes, hacer la compra, sostener una conversación trivial, mandar mensajes por celular, preocuparse por su disfunción eréctil, vivir sin pensar. Los veo caminar y pienso que un día alguien hará una estadística de cómo iban vestidos ciertos individuos atropellados en calles poco transitadas a plena luz del día. Muertos con las manos en los bolsillos, ojos abiertos e inteligentes y la boca a punto de recordar un verso adecuado; abrigados finalmente contra el calor de la acera.

Love me



“Love me” decía la camiseta de la chica que salió a tirar su basura frente a mi casa. Podríamos mandar a hacernos esas camisetas. Son como una declaración de paz ambulante. O ponerlas en las ventanillas de los autos para ver si funciona que los conductores aplasten menos el claxon, pero quizá no; podría también ser una provocación: aquel que se entrega se arriesga a la humillación y podría suscitarse una violencia inusitada porque nadie quiere reconocer finalmente que sólo queremos eso: que alguien llegue y nos quiera. Lo primero que diríamos en nuestra defensa: “¿y qué hiciste tú para que te quiera?”, “¿quién te crees?”. La sentencia amorosa queda disminuida de sentido. La oferta pasaría de largo. Parece demasiado fácil. El amor al prójimo es la elaboración más compleja del humanismo, sin mencionar la religiosidad, ser hombres es reconocer la humanidad. En las definiciones nos enredamos y acabamos en la apatía gratuita. No hay tiempo para leer las camisetas de las personas.

Una noche es una noche



Una noche es una noche, diría mi profesor de lógica. Una noche puede ser todas las noches, diría Borges. Una noche que representa a las demás y es infinita. Así como un hombre es todos los hombres, diría Shakespeare. Una noche para ser reconstruida muchas otras noches con sus días enteros. Sherezade encantaba en las noches porque el ánimo nocturno precede a las historias, hacia el fin del día; bien lo sabían los románticos alemanes: la noche es para ser otro, más verdadero aún si más triste. Los nocturnos de Villaurrutia, Julián del Casal, Darío, entre tantos otros, viven para hablar de esta noche de revelaciones y aposentos. La luna de Lorca, verde y gitana sobre el agua, aparece de noche. De noche también, dice Carballido, aparece el diablo. Las pesadillas, los buenos sueños, el erotismo, los excesos, la fiesta son elementos de la noche. Vampirescos, se intimidan con la luz del sol.

La noche es un lugar de la intimidad o donde suceden las confesiones. El alma se abre y es honesta. Es más difícil ser verdadero ante el rostro del otro en plena luz, aún si deberíamos éticamente, nos recordaría Levinas.

La noche es el lugar del crimen, la oscuridad favorece al homicida. Aunque también la mayoría de los accidentes suceden mientras se duerme, los incendios por ejemplo; los suicidios, los rompimientos amorosos, la pérdida de la amistad de dos o tres que se embotan con alcohol y se tiran a la franqueza abierta con el amigo. O duermen con él que es otra manera de perderlo.

La noche disfraza en su cualidad de noche su propia entidad.

Sabe ser cierta en su fingir y es amante de lo invisible. No hay límites para su criterio o imaginación. Fiel a su identidad no termina al amanecer, sigue presente en la mente del hombre, todos los hombres, porque la reconstruye, la define, la quiere armar tal cual otra vez, una próxima vez, sujetándose de su último halo de eternidad. Se va a trabajar mientras la piensa, recorre los detalles como el amante el cuerpo amado, saborea los diálogos dichos, las caricias, la música única de esa noche irrepetible.

Generación



Yo no quería, te lo juro, no quería saltar de ninguna parte (cama, puente, paradigma, noche, amanecer, cantina), te decía que la ciudad empeora como una condición de salud. Es epiléptica, pero la peor parte es su dramatismo fingido. La religión hace mal. Especialmente el catolicismo, eso de estar con culpa por comer helados, por tantos pordioseros tuertos, ciegos, sucios y descalzos; por el clima, el desgaste de las servilletas, las sobras del plato. Sentirse responsables de las acciones de los demás. ¿La miseria del otro nos toca? ¿La corrupción se hereda? Es que te digo, no hay que hacer nada para sentirse sucia de moral de otros. Esta moral ilusa y tan presente. La ética elemental de habitar entre millones cuidando no tocar al otro, no rozar a nadie en el cruce de la calle abarrotada. Sin embargo, las acciones están ahí aún si no las hicimos nosotros, aún si no las habíamos pensado. La gente de mi edad no va al cine. No entiendo por qué. La sala, al iluminarse, está llena de viejos y de jóvenes. Extraño a mi generación, están repartidos en el mundo con sus invenciones propias y sus exilios y sus asuntos vaporosos, críticos, de lo que intentan resolver u ocultar. Es sólo, lo sabes, que pesa la conciencia de estar sin nadie, ni la solidaria mentira del amigo cercano. Aceptemos esto, tú allá, donde sea que estés y yo donde siempre: vivir distrae de la vida, ¿no te parece?, lo terrible comienza cuando aspiramos a lo bello y no aprendemos a definirnos.

La naturaleza es un indio vivo



Era en aquel entonces otro el tiempo. La traición se comprendía. Era en aquel entonces la espera atenta, la protección de la naturaleza que nos lleva o no a vivir sobre las rodillas aceptando todo, aceptando todo. La naturaleza es un indio vivo. Yo, que fui tan lejos y estudié tanto, lo veo venir. Me acosa, me sonrío, me seduce a veces pero en la mayoría de los días me enseña los dientes de furia. Yo, que creo en la ciudad como una entidad superior, creo en las máquinas y en el mar que atravesamos por aire, creo en el elevador que nos suspende en el espacio, en los edificios de puertas automáticas mantengo al indio al margen. Es necesario. Es sólo que ahora el indio vive apretándome el corazón. No hay manera de volver atrás. No hay discurso que logre aplacarlo, yo, que sé de la civilización y tantas ficciones, del humanismo y la igualdad, del hombre que busca el alimento de otras formas. Pero el indio me ve con ojos tristes y negros, obsidianas, y no dice una palabra. Me deja ser, pero no por mucho más tiempo. Era un tiempo de la guerra. De la defensa y de los límites. Mi casa, tan bien planeada, no existía aún, ni mi calle, ni los árboles en hileras silenciosas. Mi lenguaje, tan preciso, tampoco estaba. Otro lenguaje habla este indio que acosa el sueño cuando duerme abajo de mi cama. No sé lo que dice pero comprendo lo que quiere decir. La traición es comprensible. La libertad es compleja y es humano flaquear. Un enemigo apaciguado está aquí. Camina detrás de mí y suspira del mismo modo que yo. La naturaleza más auténtica está en mi pudor. Digo agua e inmediatamente recuerdo el río. Digo mar y la orilla bordada como cuello antiguo de vestido de vieja viene a mí: en el ruido de los autos hay un rugido marino. El problema de vivir en ciudades derruidas que un tiempo se alzaron en pilares y el agua era el suelo inmenso, es que tarde o temprano la ciudad primera regresa después de tragarse pacientemente, uno a uno, los edificios, las costumbres adquiridas, los espectaculares, las oficinas de gobierno, las embajadas, las casas ricas y pobres, los prejuicios y a los habitantes.

Resistencias



I

Sé de alguien que se resiste tanto a enamorarse que estoy convencida que el amor le tiene preparada una trampa mítica, de esas que inician el ardor desde las puntas de los pies y lo calcinará por dentro con un fuego devastador y lento. El amor es una especie de infierno inclasificable y no soporta desdenes de mortales sobreprotegidos.

II

Aunque el amor no pertenece a la pedagogía. No viene a enseñar lecciones para que uno se prepare para el futuro. Es cruel en su manera de hacerse entrañable. No tiene piedad. Si uno resiste o no es lo de menos, él llega y devora. Su alimento favorito es el escepticismo.

III

Para los enamoradizos tampoco es asequible. Con ellos se divierte en darles migajas, suficientes para que sospechen grandes amores pero apenas en breves desplantes: una noche de magia que parece real, una tarde en que uno cree cambiar la vida, una mañana apresurada en la puerta, palabras sinceras y brillantes que en su breve vida son íntegras y luego nada; pobres: viven sedientos del goteo interminable.

Las cartas



Las cartas son abrazos en la distancia pero pensados en el tiempo cruzado. Uno abraza al escribir pensando en el momento en que el otro recibirá la carta y sentirá la calidez, las palabras puestas, y dará a su vez, leyendo, el abrazo de vuelta. Por eso las cartas son los testimonios más íntimos, aún si no los más fieles, porque hablan del momento en que se tiene la duda, el cariño, la pasión, la nostalgia, la confusión. Y ese momento es irrepetible. Uno puede regresar a las cartas enviadas para leerse en el pasado y saber de sí mismo en los vaivenes sentimentales. Releer las cartas de amigos o de amantes es saborear los sentimientos frescos como si acabaran de salir del frasco, recién hechos. Sentimientos-mermeladas. Ideas-conservas. Algunas palabras o expresiones o risas escritas nos traerán el rostro, la sensación, la música determinada, el olor de una mañana, etc., con mayor fidelidad que una fotografía. Las cartas operan en la memoria un encuentro inaudito con el tiempo: pasado-presente-hubiera-sido-hubiera-pasado-futuro sentido, todo en el torbellino de la revisión de la vida escrita.

Este día



Este día, este día en especial, acumulé mucha esperanza. Pero no hay que desear de más tampoco. Hay gente simple, como un árbol lleno de polvo. Porque pertenezco a esa simplicidad no pienso más allá. Yo acepto a los ambiciosos si ellos también aceptan esta tranquilidad de agua quieta. No quiero más. Porque lo que ya tengo y que es colma. Extraño, pero es así: uno tiene, uno es. No persigo mariposas con la red. Aunque me gusta rodearme de cazadores incansables. El amor. Va. Viene. Se queda por un tiempito. Es medio turista. Se cansa pronto y padece de ansiedad. Hay. Eso es lo que cuenta. A marejadas un día y luego sequía. Hay. Eso es lo que importa. En sentido de ida y llegada. Es suficiente. Uno vive con tan poco. Este día fue demasiado.

Sobre las mentiras



Están los que gritan a los meseros o aprovechan al vendedor telefónico para explotar, porque el exterior es difícil de sobrellevar pero, con todo, es preferible encontrar en las afueras lo que no comprendemos del centro. Rodeamos al ego de capas y capas de mentiras, de tal forma que es lo más sólido que nos pertenece. Una oquedad. Una falta de origen. Tomamos o evitamos decisiones, nos aferramos a las parejas inadecuadas, perseguimos perfiles que ya tenemos comprobados en su disfuncionalidad, y tratamos, en verdad tratamos de rodearnos de equivalentes, gente como uno, hecha un nudo con la cabeza o el corazón en el centro sin saber por dónde buscar el hilo o los hilos de la madeja en que, aparentemente, logramos convertirnos. No hay verdades tampoco y nos aconsejamos como ancianos, como si supiéramos algo, cualquier cosa, de la vida o la experiencia, o el acumulado de escenas públicas que llamamos relaciones; la punta del hilo es un inicio pero hay que tomarla fuerte para que se desenrolle y nos deje ver más allá de los simulacros tan bien contados, tan bien disfrazados. Una canción en la cabeza repetida, un sueño, un conocido que vemos en la calle, algo nos dispara una mentira olvidada. Irnos de aquí nos dicen. Hacer raíces. Deshacerlas. Dejar la casa. Inventar la casa. Conocer gente nueva. No preocuparse. Olvidar los amigos. Cambiar de hábitos. Comer mejor. Bajar de peso. Concentrarse más. No pensar en el éxito. No pensar en los demás. La vida no es una competencia. Ser más libre. No preocuparse. Caminar cuando haya ansiedad. No preocuparse. Admirar la luna. Agradecer. No dejarse influir por los cambios de temperatura. No preocuparse. Aprender un idioma nuevo.

Mantener la mente ocupada. Tomar agua. Desmaquillarse antes de dormir. Considerar los antioxidantes como algo fundamental aunque incomprensible. Interesarse por el planeta. Criticar. Dejar de criticar. Ser más libre. No preocuparse. Ser fluido. Abrir la mente. Volver al yoga. Quiero. No quiero. Ya olvidé qué quería ser. Esto que soy no sé. ¿Y si uno es...? Ser menos condescendiente. No explotar. Explotar, expresarse. No encerrarse los fines de semana. Tomar menos. Dejarse llevar. La vida es breve. ¿Quién piensa en los artistas? El éxito es algo confuso. El bien y el mal se determinan desde la opinión de los demás. Las

vidas son los líos que van a dar al mar... el dinero va y viene, no hay que preocuparse, me dicen regularmente. A veces es bueno comer pay de queso. Hay que pensar en la vejez. Siempre tener un vestido negro: es versátil y sexy. Las mujeres envejecen, los hombres maduran. No medirnos por lo que hacen los demás. Pero nuestro hacer es casi comunitario. Llorar es bueno. Comer menos palomitas. La felicidad es un propósito individual. La felicidad es un invento de la sociedad de consumo. No existe el comunismo. El amor no conquista todo y la angustia disminuye si uno deja de pensar. Preocuparse menos. No hay vidas perfectas. Todas las familias son disfuncionales. Hablar de literatura no es hablar de uno. No lavarse el pelo diario. Usar cremas con protector solar. No preocuparse. Dejarse llevar, la vida es un viaje. ¿Y si algunos no están invitados? ¿Si la vida es un juego donde están los que hacen reta y los que juegan? Dormir boca abajo no es bueno para los senos. No estar solo. Aprender a estar solo. No es cuestión de espíritu sino de resistencia. Hay días, en fin, que uno no quiere levantarse. Vivir cansa... inventemos rutinas de vida para evitar vivir. O vivamos porque sí... comprar zapatos cómodos, caminar media hora al día, disfrutar los parques porque son evocaciones de jardines... No preocuparse... Respirar. Respirar. Respirar.

Sobre el tiempo y las corporaciones



I

Todos están ocupados, duermen intranquilos los domingos pensando en las tareas del día siguiente, para el martes ya están tan de lleno en la semana que nada los podría distraer. El trabajo lleva tiempo. Mantienen la cabeza en su lugar. Se levantan temprano, se incorporan al ritmo de la calle, son el ruido de la calle. A las dos o tres de la tarde hacen una pausa, las oficinas se vacían y los restaurantes humildes, improvisados o caros, están a reventar, pajareras disímiles. A esta edad el trabajo es voluble, importante pero voluble, determinará el incierto porvenir. El empleo es también un refugio. Una excusa. La mayoría de las veces no tiene que ver con la vocación. Pero la manutención es primordial. Cuidadosamente liman las esquinas de su agenda para ver a otros que están también metidos en el tiempo que ya no es suyo sino de la empresa, la institución a la que le pertenece. El concepto del tiempo libre que sería el propio está validándose como un tiempo complejo. La soledad es tan importante como la compañía pero a veces no hay tiempo para las dos. Así que la elección es el encierro, o comer solo, o ir al bar solo, o ir al cine solo, o aceptar que uno necesita de los otros para recuperar la soledad ansiada.

II

Las personas carecen de tiempo, o no lo saben administrar —como si fuera empresa— o se vuelven cada vez más egoístas y deciden quedarse en casa para no gastarlo —como capital—; tiempo para ir al cine, al café, para escribir tres líneas a alguien, para compartir alimentos, para darlo simplemente. El capital cultural, el simbólico, el que uno se construye y se elabora una y otra vez tiene mucho que ver no sólo con lo que leemos o vemos en el cine, o los conciertos, los museos, la experiencia cultural concreta, o el ir al mar, el descanso mismo; sino también con el tiempo que destinamos a los demás, que creemos que es para los demás pero es también para nosotros. Caminar con alguien, no tener que llegar a un lugar a cierta hora, pasar toda una tarde leyendo sin que suene el teléfono... existe un tiempo empresarial, donde se paga por hora a cambio de cierta actividad y/o

conocimiento-habilidad, una persona renta, por decirlo así, su tiempo a otras —que le dan dinero a cambio para que pueda vivir— y luego al salir es dueño otra vez de sí, y decide ir por una cerveza, llegar a su casa y prender la tele, o seguir trabajando, es decir, vivimos gran parte de nuestra vida con este tiempo en renta. Terrible de pensar pero necesario.

III

Thomas Berndhard, el escritor austríaco de la posguerra, escribe que los suicidios ocurren los sábados, porque el sábado es el día que el obrero es dueño de su tiempo y piensa lo que en el trabajo no puede hacer y que cuando piensa y se da cuenta de su condición, decide matarse. No los domingos porque éstos se llenan de ruido televisivo y fútbol...

Existe el tiempo de Chaplin, el de *Tiempos modernos*, donde critica la jornada hombre-máquina, en esta automatización del individuo que incluso al salir de la fábrica sigue siendo el obrero y no la persona. Tendemos a despreciar el tiempo de ocio porque no “produce”, irónicamente actuamos en el tiempo libre como si estuviéramos regidos aún por el tiempo empresarial y queremos llenarlo de todos los minutos productivos posibles. Estar haciendo “algo”, para no “perder” el tiempo. Somos todavía ese obrero de Chaplin. Poseídos en la calle haciendo los gestos de la máquina.

Vida diaria



La piel sigue reseca. Es el otoño y sus causas. He ido a la lavandería, hecho las compras, limpiado la casa, revisado la correspondencia, leído los periódicos, apuntado el cumpleaños de mi hermano, hecho planes en mi libreta. Fui al café y llevo tres días sin hablar con nadie. Estuve indecisa pero ya no. Ya sé qué es lo que no quiero, no pretendo más. Tengo dos libros a medio leer. Por algo se empieza.

Sentada en el café me miré los talones: son como ajenos al resto del cuerpo. Son frágiles y rugosos. El porvenir se acerca del otro lado de la acera en sentido contrario. Pasea un perro con camiseta. Es la hora de las madres apuradas y los que se escapan de la oficina antes de comer y ríen a carcajadas. Escucho sus conversaciones pero en la mayoría de los casos sólo tienen ganas de reír, no cuentan nada extraordinario. Tres mujeres y un hombre explotaban en una felicidad silvestre, rústica, casi vulgar. ¿Quién los culpa? No sabemos qué es lo que harán después en la tarde, no sabemos dónde está su casa ni qué hacen para vivir, ni si tienen vacaciones.

Ya no es temporada de mangos. Vivir agota el tiempo de uno. Vivir no debería ser así. Uno malgasta el vivir cuando escribe. Las papas se están cociendo, se convertirán en un puré sumiso y aceptarán la mantequilla, la sal, la pimienta. Tanto que aprender. Las papas terrosas me miran desde el agua a borbotones y no reclaman nada.

Semántica



Más que nada pensaba en irme. No se me ocurrió jamás que no se entendería. Eso para qué. Un día sí. Un día no. Los vaivenes del ánimo. Uno es después de tanta educación universitaria, tanta vida en los pasillos y discusiones sobre la virtualidad y la presencia en el mundo artístico, o si la obra de arte refiere de sí o sólo aquello a lo que imita, un sujeto semántico... Si la vida es natural o mentira, si acumulamos la experiencia curricular como forma de vida, uno es después de tanto un manojo de nervios. El ataque al cerebro empezó supongo cuando uno duda sobre las dudas mismas. Nos enseñaron tan bien que henos aquí convertidos en críticos apáticos cosmopolitas incapaces de crear relaciones verdaderas. Indigentes emocionales. Feroces con nosotros mismos. No somos una generación. Una generación se tiene como referencia, se llaman para gritarse y estar en desacuerdo y sonreír en las fotos grupales. Pero no. Uno es uno. Terrible la unidad desamparada. No hay que tener lástima tampoco. Es un desamparo merecido. Quién quiere estar cerca de estos presuntuosos cínicos agudos llenos en la boca de citas clásicas y eruditas, vacíos del estómago salvo por la furia ante la burocracia... Seres huecos. Eso es. Llenos de saberes pero huecos. El saber es algo que no rellena pero aparenta. La biblioteca infinita es un proyecto de los tiempos del ocio. Tantos artículos al mes, tantas ponencias académicas, tanto que hablar con los colegas. Luego uno queda solo en la penumbra del hotel pensando si los demás notaron lo pleno que uno es, lo perspicaz que uno es... El esfuerzo que se hace para no sonar agrio. Los hombres mayores estarán a mitad del patio encantando a las estudiantes de nuevo ingreso. Las mujeres mayores estarán camino a su estudio para seguir trabajando. Es lo que importa. Para eso nos formaron.

Los seminarios universitarios, la relación entre literatura y todo lo imaginable o filosofía o la antropología desganaada, todo en su relación con los contenidos y formas de los mismos programas de estudios... Ser capaces de conectar la geolingüística y el movimiento migrante con el desplome bancario, la crisis editorial y el post boom literario, describir el realismo mágico para luego decir que no. Eso no es. América Latina no es mágica. Ni realista. Es un sistema literario en crisis.

Una generación se confronta, se alinea, se defiende. Tiene una estructura temporal o de complacencias. Se posee. Sabe lo que es. Después de tanta educación universitaria podríamos siquiera regresar a la pretensión de no saber nada. Podríamos. Qué impide que un hombre o una mujer cualquiera de estos días decida que ya pasó todo, que no hay más, que nada sigue, que lo que viene y llamamos porvenir es una repetición discursiva y no otra de acontecimientos faltos de grandeza, que ese hombre/ mujer diga que las metáforas se fueron a dormir un tiempito, que se cancela la fiesta, que no hay más que ver... Se pospone la ponencia que nos salve la vida... Uno es apenas el uno que es. Sin platónicos énfasis. Uno vuelve a las preguntas elementales de los para qué... Después de todo el complejo sistema nervioso es un irse sosteniendo.

Vida nacional



¿Qué será en nuestros tiempos amar la patria? Estamos tan cercanos de la idea de una patria comercial que es fácil confundirse. La suave patria del poeta queda atrás y ahora nos posee una patria grosera, ruda, hecha de hora pico y de malestar estomacal. A las seis de la mañana la patria ya está ocupando sus lugares en el transporte público; las mujeres recién bañadas antes que se inicie la separación por género en el metro; ya como a las siete se inicia el ajetreo. Hordas a las dos y tres de la tarde por las vías centrales de la ciudad, y a las seis de la tarde la patria ya no huele a perfume, ya trae en sí el olor de la oficina, de la grasa de la fonda, de los desaguisados del día. Los viernes están a punto de ser declarados en alerta roja: la ciudad se desquicia: los hamsters quieren salir a donde sea, pero salir al fin; todo el día la ciudad es un grito, un homenaje a la barbarie.

La patria confunde la libertad con la ocupación en los restaurantes y bares pero la idea de libertad se presta para estas confusiones: casa, oficina, bar, casa, oficina: fin del ciclo.

Desde la acera se ve esta patria abrumadora: un auto por persona.

Escritura



En el fondo siempre supe que no sabría escribir. Que querría hacerlo, que lo intentaría, que haría de la escritura una leve obsesión mas no perniciosa para no joderme el alma. La tarea del que escribe, quiero creer, es la de compartir, la de hallar en la simulación su propia verdad y ser hábil para callarla. Morderse la lengua antes de decir el secreto que le llevó tanto esfuerzo encontrar. Probablemente hay quienes sueltan sus verdades más cercanas como si nada... El mundo no les molesta, están en pactos de paz invisibles. Eso que Márai escribió de que los escritores son las personas más tristes pero felices en su labor me deja pensando, o que los escritores que quieren cambiar el rumbo de las cosas son a la vez personas y escritores tristes me ronda como tiburón ante el rasgo de sangre.

La verdad es que no sé cuál es el trabajo del escritor. Menos idea tengo de cuál sea su compromiso. Uno puede decir que el presente de la sociedad está enmarcado en peligros y encantos que el escritor puede, como juez, discernir y desmontar para castigar al perverso y hacer justicia.

¿Qué hace un artista que los demás (no artistas) no hagan? Un artista verdadero es probablemente quien no pregona que lo sea, pero, seamos realistas, en nuestro contexto hay artistas por todas partes y todos quieren concesiones, todos quieren ser comprendidos en su fatal destino de artistas venidos a menos; en un cuento de Bolaño (me parece recordar) hay una anécdota de alguien caminando en una fiesta en Barcelona y decía que en esos lugares había que tener cuidado: había poetas por donde quiera, uno se tropezaba y había poetas abajo de los zapatos.

El artista se pasea por La Condesa, desamorado, con su cabello mal cortado, un saco de pana y un discurso que sirve para ligar mujeres... Por lo que entiendo, si bien el artista no crea nada aún es capaz de despertar en los demás compasión; por tanto, es hábil. Sale a fumar y habla de los procesos de creación, de la dificultad de conseguir las becas, de las mafias a las que no pertenece y que por eso está condenado al ostracismo y a que su obra no triunfe en México. Es capaz de entrar en cólera cuando alguien desconoce a un autor fundamental para el desarrollo de la sensibilidad de por sí afectada por el demonio

televisivo. Entra fácilmente en depresión cuando la música que escucha es desconocida por los otros, le gusta sentirse fuera del mundo pero si se da cuenta lo fuera que está entonces comprende que no hay salvación.

Un artista puede darse el lujo de ser un patán, un macho, un galán de quinta, un seductor de clichés (que a veces funcionan) porque es un artista, y hay que caminar en algodones cuando ensaya horas en el violín, o se encierra a escribir o pintar; hay que perdonarle que olvide ser buena persona porque su arte justifica sus groserías y su falta de respeto ante los demás (sean o no artistas también). Los mitos de los grandes son como sombras ineludibles: si tenemos como referencia a Picasso o Lautrec o Rimbaud o Rivera y estas referencias operan sobre nuestra sensibilidad y capacidad de abstracción del mundo olvidando nuestro propio aparato emotivo y crítico, tenemos problemas. Quizá, entre los muchos artistas humildes (un escritor me dijo un día: me tengo que ir, tengo que llegar a mi casa a crear), algunos cándidos, otros que sólo fuman y miran pensando quién sabe qué, entre los tristes y sufridos poetas, entre los cineastas fatuos, haya verdaderos artistas, que sean capaces de conmovernos, de hacernos enojar, de hacernos sufrir o pensar de otra manera las cosas del mundo. Quizá, entre la horda de jóvenes y viejos de jeans y tenis converse o botas de montaña (aptas para la lluvia) y sus anteojos de pasta, que discuten y discuten el qué del arte, el cómo del arte, quizá haya verdaderos, simples, despojados artistas. Quién sabe.

A esta edad



Un ramillete de impresiones borrosas. Pero no hay que pensar que uno está solo, sumergido en una galería de cuadros que son algo distinto dependiendo del lugar de la sala en que se los observe: paisajes de lagos y árboles con un barco o una muchacha con sombrilla o gente feliz en un día de picnic, donde esos mismos cuadros son la guerra y el hambre o un perro mirando un precipicio, una mujer loca mesándose los cabellos o un cristo envuelto en una túnica blanca llorando por su madre. Dejarse llevar. Ser de uno para poder ser de los demás. Ser de los otros para regresar a uno más limpio, más verdadero. Si se puede salir a comer al aire libre y escuchar música por la noche para olvidar o para recordar el día.

A esta edad, precisamente a esta edad, uno se vuelve más impaciente, menos tolerante y a veces cree que todo está dado, hecho o perdido, que no hay energía posible en ningún lado para mover las cosas. ¿Cuáles cosas?, si los fenómenos llevan en sí su propia lógica y sus propias leyes aún incomprensibles e injustas. No es que unos tengan suerte y otros no, se trata de que los fenómenos interactúan con uno o pasan de largo. Odio que la única regordeta inapropiada y torpe que encuentre a Hugh Grant sea Bridget Jones..., o que la prostituta se vuelva cenicienta en *Mujer bonita*... que Julia Roberts vestida en un top ochentero azul eléctrico mascando chicle en un hotel de lujo sea la reappropriación del cuento de hadas.

La imaginación y los escritores



Los escritores se alimentan de sueños diversos: los propios y los ajenos, además de los inventados, los imposibles, los más perniciosos, los sucios, los bondadosos, los olvidables. Por eso caminan con ese aire de que están por tropezar, con los ojos puestos en ninguna parte, mirando todo sin reconocer algún objeto. Sus conversaciones no son inocentes. Son detectives o torpes o magistrales: logran que los demás hablemos. Cuando uno se da cuenta ya habló del sueño repetido, de la vez que pasó algo tan grave en la familia que no podemos hablarlo con ningún familiar, de los secretos, de las fantasías y hasta las perversiones que no sabemos que tenemos; acabamos regalándonos como los buenos días o las buenas noches. Si hacen bien su trabajo, cuando leemos nuestras propias confesiones somos incapaces de relacionar lo que se cuenta ahí con nosotros mismos. Eso no los exime de su peligrosidad. Recomiendo hablar a cuentagotas cuando notemos en algún extraño un interés súbito por saber cómo éramos a los ocho o qué le pasó a la tía después de una golpiza bárbara, o qué sentimos esa vez cuando la prima pequeña muere de pronto ahogada a la vista de todos.

Los escritores, aun encantadores, se alimentan de la nota roja, de la vida rosa, de los insulsos comentarios que uno suelta sobre el clima, la tensión política, la violencia o el tráfico; generalidades cotidianas. Ellos hacen —o pretender hacer— arte de las notas del súper, la conversación con el carnicero, la relación doméstica de unos y otros enlazados en estos parajes conversos del vivir.

Hay dos tipos de escritores: los que uno lee y los que uno desea conocer. Por alguna razón lejos de la inocencia —no puede ser de otra manera— creemos que conociendo a la persona que escribe, el autor, estaremos cerca de algo que sospechamos pero no podemos definir. Creemos en la persona-obra. No aprendemos a separar al que crea y al que es. Y vamos por ahí pensando que los escritores son buenas personas porque hacen personajes, o que viven bien porque hablan de la vida, o que respiran y visten de una forma sublime. Qué perversión la nuestra en insistir en estas confusiones de las manías y los hábitos, de los temas circulares que poseen a unos y otros, y de los que sólo notamos en alguien más: las

obsesiones del otro. El tiempo libre del otro. El amor que sólo el otro es capaz de concebir y arrojarle a él porque no pierde nada, porque se tiene a sí mismo. Nosotros apenas intuimos el sí mismo, tanteamos en la oscuridad lo que los demás ya comprendieron del todo. El aprendizaje sentimental es gradual. Injusto y arbitrario, incluso humillante, incluso exterior. Cual concurso de belleza.

La imaginación está sobre la mesa. Es bella en su ingenuidad y oscura cuando nadie la ve de cerca. Rodea inmisericorde a los soñadores ajenos, los vampiros tiránicos del lenguaje. Produce insomnio. Le gusta el negro y el vodka solo, sin artificios. Sabe lo que es porque no mira a los ojos y habla de sí misma en tercera persona. Le diagnosticaron esquizofrenia pero come *hot dogs* sin culpa y fuma hasta no tener voz. Es flaca y ansiosa, pero hay meses que sube de peso y no se cuida el pelo. Se muerde las uñas hasta sangrarse; desprecia el televisor y otros parajes desolados.

Religiosidades



Los creyentes son afortunados: se dejan llevar porque los destinos no dependen de uno sino de algo mayor que ya tiene enredados los hilos para cada uno, aún previendo las salidas indiscretas de esas redes. Eso de que ya está todo estipulado. Como en una obra de teatro donde la improvisación se ensaya. Así de frío es el asunto mayor que nos compete y llamamos sino o azar o dios. La gente que se levanta temprano, cumple sus tareas sin quejarse, se transporta, se alimenta a sus horas y se mira en el espejo las ojeras de la vida buena que se tiene. Deja de sentir, si acaso lo hizo alguna vez, que el tiempo es lo que sucede afuera.

Biografía de un espectador



Busca en el arte lo que tiene en sí pero no sabe nombrar. Lo que le gustaría tener en sí. La diferencia. La mismidad. Busca en el arte un refugio o una excusa para salir/entrar/escabullirse de su mundo.

Es implacable: las reflexiones/presentaciones/obras del artista le gustan o no si el humor está cálido/frío/indiferente. En su visión crítica están él y el arte en una comunicación que rebasa las maneras sencillas del decir. Sufre cuando el arte no es lo que parece, no es lo que promete o no es lo que debería ser.

Dormir solos



Porque irse no es necesario. Pero sí lo es volver con ojos refrescados a mirar los hábitos y los fulgores domésticos de siempre. A pesar del temblor erótico puedo entender que uno quiera dormir solo todas las noches. ¿Para qué someter el descanso apreciado, el olor familiar de la cama, la sombra de la casa, a la brusca o tímida interrupción de la noche? ¿A los besos desconocidos y por ello mismo ansiados? La proximidad, el acecho de la seducción puede causar encanto o suspensión del tiempo o el estúpido hábito de pedir un taxi y salir discretamente del lugar antes que la bestia huela el miedo. Pocos son los que se atreven a seguir las huellas de sangre en el concreto.

No es amor. Es dulce porvenir que se presiente. La pérdida que también vendrá a dividir el espejo empañado de dos que juegan a caer el uno sobre el otro. Irse no es necesario. Pero sí lo es volver con ojos que comprendan que no hay verdugo imparcial, que las causas pasionales, equívocas casi siempre, tienen a su favor el sentimiento del estupor y el abandono. De otra manera, estaríamos condenados a confundir el querer con el aprecio al objeto, quererlo medianamente, sin fiebre y sin altibajos, con un querer que no lastima porque es lineal y equilibrado, no se sale del margen y llega a viejo con la misma fuerza mínima con la que fue creado. Es una manera civilizada entre seres humanos para proteger la especie. Muy respetable. Recomendable para aquellos que preservan energías, que cuidan el futuro y las economías, que protegen el medio ambiente aunque jamás tengan hijos. Lo otro, en cambio, no ofrece nada... quizá la certidumbre de que al final habrá una herida tan lenta como amada; un recelo perceptible que hay en toda víctima aunque ría, se nota en las comisuras de los labios el gesto de la defensa tan visible como ponerse las manos en el rostro.

Principios



Entre el desamor y la carestía pasional vale más tener un ardor en la piel que una virginidad del sí mismo jamás tocada.

Un día sobre otro



Vivir es caminar las mismas calles durante mucho tiempo. Dejar de notar la imperfección de la acera. Vivir es repetir las anécdotas y dar por hecho que los demás saben todo de nosotros. No hay edad ideal. Por eso nos desvelamos tanto: porque reconstruimos en la vigilia las conversaciones perfectas que tuvimos y olvidamos, porque el interlocutor escondido en el insomnio es el más paciente pero también el más despiadado. No da tregua. Te dice las verdades que prefieres olvidar por la mañana. Vivir es extrañar las mismas calles durante mucho tiempo. Y si, por azar, estamos lejos de ellas, las inundaremos de imprecisiones discursivas: articuladas en la noble ausencia que perdona y simula. El verdadero hallazgo nos sucede camino a algún lugar y dejamos de notar las indicaciones de nuestra ventura: caminamos de largo por costumbre y prisa. No obstante, el fragmento de vidrio en el zapato una vez fue una botella que dio alivio al alcohólico quizá por última vez mientras caminaba como podía la misma calle que uno llama nostalgia... Podemos estar de rodillas ante el otro y no sentir un ápice de misericordia.

Ofrecer el corazón



Nadie ofrece su corazón. Todos lo cuidan ahora. Como si fuera un bolso con el dinero y el pasaporte en una ciudad peligrosa. Ya todo está perdido. Mi corazón en cuadritos para sopa no sirve para nada. Poco, pero dividido en trozos, ni siquiera da un sabor decente. Me iré despacio.

Espero a que vuelva de mí. No muy cansada. Pero que vuelva. Y sea capaz de regresar la sonrisa. Porque no todos los días la calle está llena de hombres con vasijas lavando los pies.

Si el amor fuera sencillo todos se enamorarían y ya no tendría sentido, no habría unidad pasional, diferenciada, vívida. Tengo esta sensación de que el juego de las sillas se inicia y llego tarde. Ya no hay lugar. Todos me miran asombrados pero ya no hay lugar.

Uno admite, a los treinta y algo, que un desastre es lo que tenemos. Lo abrazamos, lo cuidamos, lo acompañamos con frecuencia y lo llevamos auestas como un bulto resignado. Y si me preguntan, prefiero esto a una coherencia que se invente, a un estado cognitivo-erótico ficcional. A una cita con los padres para que expliquen las fotos viejas y los episodios borrosos.

El presente



He sido seria gran parte de mi vida. He sido dócil. Me he dejado llevar. Y ahora, creo en la complicidad que viene con la danza. La serenidad para no caer en el desespero. Nos tocó esto: la región densa pero móvil, inmersa en sí misma, sumida en la sombra de una pirámide olvidada... Pago la cuenta del día. No pienso dejar este vivir de los primeros besos... Uno se trepa a un árbol y es inmensa la sensación. Llega el tiempo de los amores fáciles... Además no quiero perecer de la verdad. No quiero perecer de madurez, ni de cuidados, ni del orden que me hace falta. Vives como adolescente, me han dicho. Los adolescentes son los perversos que creen que tienen todo por delante. Pues bien, demos entonces un beso a esta tierra.

Así es como encontramos esto. No hay atrás ni adelante. Es una sola dimensión. El presente es el único tridimensional. Si queremos movernos habría que empezar por tocar la pared de enfrente, luego, la de cada lado, y finalmente, para salir de una vez por todas, tocar el suelo que nos sostiene. No sufrir claustrofobia es la premisa. No llamar a nadie en la madrugada. No soñar que volamos. No volver a enamorarse al primer tacto. No sufrir con las despedidas. Tratar de vivir lo más que se pueda, extrañando menos. El cielo es una pared lejana. Alcoba infinita. No tener expectativas es la premisa si no sabemos lidiar con la desilusión. Poder agradecer es no esperar nada de nadie. El cielo es el suelo de algo más. No podemos verlo. Las estrellas son la iluminación pública de ese otro lugar, por eso hay más estrellas de un solo lado: la iluminación no es ni suficiente ni democrática.

Libertad



Hay hombres tan libres que buscan la única manera de irse: encuentran un trabajo donde los exploten, se atan a una mujer celosa, viven sin apasionarse nunca por nada —que es una manera extraña pero dócil de vivir—; todo para no tener culpa cuando salgan al patio a recibir la lluvia. Cortar su inmensa libertad de raíz es su manera más generosa de ofrendarla, pero que nadie llame estúpida esa voluntaria manía de cortarse de tajo el árbol antes que llegue a crecer en la garganta atribulada. Hay un bosque que no lograremos conocer, que ni siquiera imaginamos, y su presentimiento es fatal: tiene un destello de terror tanta libertad incomprendida. Por eso entiendo a los suicidas, a los alcohólicos, a los infieles, a los que no tienen religión, a los desposeídos, a los infelices: ellos empezaron antes que todos.

El tiempo que vendrá



No hay caminos fáciles. Hay algunos más viables que otros. Pero lo que sí es que el futuro es lo impreciso de creer en que planeándolo saldrá como un niño asustado del clóset si se le dicen las palabras adecuadas. El futuro no cede a ninguna argumentación. No es tan sencillo. ¿Por qué entonces nos causa angustia imaginarlo, darle forma, presentirlo, temerlo en la oscuridad? El futuro que no sucede impone una presencia más definitiva en su ausencia que el presente. El presente se ocupa en otras cuestiones y eso la narrativa lo tiene asegurado: el presente sirve para recordar o para contarse a sí mismo. Si ocupamos el presente en proyectar los planos y los esquemas de un futuro (el que sea) ya hicimos de él un tiempo hueco: que no sirve a nada salvo para la ilusión de su utilidad. Pensar en el futuro, en la vejez, en el tiempo de recoger lo sembrado (bella metáfora del *Eclesiastés* aunque mi favorita es la del tiempo para recoger y arrojar las piedras), nos insisten, nos invitan, nos obligan: es perentorio que en nuestra joven adultez o adolescencia tardía pensemos en la construcción del tiempo difícil que vendrá... como si el fin del mundo que se anuncia desde que tengo memoria estuviera ya repartiendo volantes para su llegada el próximo fin de semana.

El futuro está afuera, suelen decir. Está lleno de promesas, suelen decir. Una construcción hecha a base de palitos de madera, un edificio alto y frágil: tan ambicioso como imposible. Un hermoso castillo de arena esperando en la hora de la marea su último instante de vida.

Foto de familia



Tres personas están en el baño lavándose los dientes. Ríen porque uno escupe sin querer el cepillo del otro. Ríen porque parece una escena de familia. Y lo es. Se siente bien. La naturalidad del amor en un cohabitar de maneras el abrazo. Más tarde se acostarán sobre la cama a ver una película y comer palomitas e intercambiarán comentarios sobre el guión, la velocidad de la trama, las circunstancias varias de lo que está pasando. No tienen zapatos puestos. Ríen porque saben que es domingo y hace calor y las ventanas están abiertas y no se han bañado en dos días y son felices. Se olvidan del miedo o de la soledad de unos días antes, se olvidan que hay que pagar cuentas, se olvidan como muchos olvidan en las cantinas, o pretenden olvidar, a una mujer, a un hijo, la pérdida de algo. Se ríen porque hay que saber encontrar los refugios. No saben defenderse, no saben distinguir entre los límites los que se cruzan, los que rozan y los que se evitan. Porque saben que, después de todo, han hecho lo posible por vivir aún cuando se equivocan, aún cuando han pasado mucho tiempo en la autorecriminación. Se olvidan por ahora. No son tan jóvenes pero no importa. Cuentan los amores de la noche previa y ríen de los destrozos: la silla rota, las versiones de la fiesta que se acomodan hasta lograr un cuadro cubista lleno de intención y falta de sentido. La tarde pasa lenta como una mujer anciana midiendo los pasos sabiendo también que al cruzar la calle los autos se detendrán considerando su historia de vida en ese andar. Se queda puesta la tarde en las personas descalzas que ríen porque habrá que reír, lo demás ya lo han intentado.

Madurez



Tienes treinta. Abrazas en un impulso de angustia tu idea de la vida adulta. Crees en reglas que se deben cumplir. No soportas que te interrumpan el sueño los vecinos ociosos que se dicen artistas. No crees en vidas anormales. Te sientes bien porque ya quedaron atrás los tiempos de incertidumbres, de desvelos, de conversaciones en la madrugada entre semana. Tienes un empleo, duermes ocho horas y por las tardes libres te concentras en hacer la tesis que debiste haber entregado hace un par de años. Participas en proyectos comunitarios. Crees en el orden, en la vida, pero tu habitación tiene la ropa sobresaliendo de los cajones. Los fines de semana la fiesta, si hay, debe terminar a las dos de la mañana porque es lo apropiado, porque ya no eres joven, porque has superado tantas cosas. No puedes tolerar la diferencia. Gente que duerme de día y cohabita entre el desasosiego y la rabia te parece falsa. Por eso lees libros donde hay personajes intensos, porque es genial leer sobre lo que uno no conoce o no haría nunca. Crees en los noticiarios. Usas repelente cuando vas a las comunidades y sigues yendo a pesar de la fragilidad de tu estómago. El desamparo es para ti la conversación sobre política. Entre tus palabras favoritas está ética. No crees en la continuidad de la adolescencia. Aunque adolescencia es adolecer de algo, cuando algo te hace falta como tomar el sol, caminar más, descansar o ganarte la vida. Entrás a una nueva etapa: los castillos de la adultez que tan bien vas armando como piezas lego, una sobre otra. Ayudas a tu madre, vas a terapia, ves a tus amigas, crees —aún con recelo— en el feminismo y en las ONG.

Lo más cuidado que tienes es tu sueño. Tus conceptos totales. Tu almohada de satisfacción personal. Sonríes porque eres grande y tus reglas se asoman por debajo de la colcha para que no olvides los caminos correctos del crecer.

Justicia



El feliz siempre encuentra desconfianza y perplejidad. El infeliz encuentra abrazos, consejos, consideración y simpatía.

Es comprensible: del feliz queremos encontrar el tabique mal puesto de su edificio, para tocarlo y, si es posible, moverlo para que se caiga. Así somos, es humano el no entender. En cuanto al que vive en la autocompasión, el que dice que sufre encuentra una red de solidaridad que lo envuelve, lo protege, lo justifica, lo considera uno de los “suyos”. Socialmente tendemos a acoger lo que podemos entender, y la felicidad es como algo que no se sabe bien a bien cómo funciona, a lo mucho podemos decir bienestar

o estar alegre, pero si alguien anuncia su “felicidad” en medio de una conversación se cerrarán filas para preguntar del dinero, los proyectos no realizados, las cosas pues que operan en lo terrenal. La incredulidad es un ejercicio voraz y cruel.

Crece en puerto



En la calle donde crecí había sólo dos niños: mi hermano y yo. Aprendimos a multiplicarnos para hacer los juegos y los dramas necesarios. Recuerdo a la francesa que todos llamábamos “la madám”, era una parisina que después de haber viajado por el mundo (eso me contaría años después) decidió quedarse en Acapulco, sus días eran así: se levantaba temprano y bajaba a la playa, en su camino estaba mi casa y nos saludaba en francés; luego, antes de las tres regresaba y se pasaba las tardes leyendo los periódicos y tomando una especie de ilusión del fresco, era una obsesiva de lo que llamaba las “incongruencias mexicanas” y coleccionaba las notas de los periódicos locales donde se manifestaban los absurdos, las notas sin sentido como de las construcciones abandonadas por años y, sobre todo, tenía una afición casi patológica por las declaraciones públicas de los políticos locales. Conservó un departamento en París donde iba cada invierno a ver a su hija, que nunca comprendió esta necesidad de la madre por habitar tierra extranjera y bárbara. En la puerta de su casa tenía un letrero que decía “prohibido decir mañana”. Hace poco me contaron que murió y su hija la llevó a París. Debe extrañar seguramente su rutina de playa y periódicos y de quejas de los mexicanos informales.

En la casa donde crecí habitaban varios extranjeros, un boliviano que escuchaba música andina —claro, trabajaba en la Universidad Autónoma de Guerrero— y las horas que no daba clases las gastaba viendo telenovelas con “interés sociológico”, un chileno (igual condición de expatriado y profesor de la misma universidad), una alemana; años después llegaría una joven uruguaya que gustaba de bailar en la terraza cuando llovía y animar a gritos a mi madre para que se uniera a su danza. Había también un hombre joven —del que se decía había estado secuestrado un año por el gobierno de Figueroa— y que encontró en la casa un lugar para estudiar la carrera de medicina homeópata, fue nuestro médico de cabecera; de comunista a cristiano no creo que haya tanta diferencia, al menos en su caso no fue tan brutal el cambio, tiene dos hijos con nombres rusos con los que llegamos a convivir intermitentemente: Inti Pavel Vladimir y Sajid Iván Baruch; años después tendría

un niño que llamaría Luis Donaldo y una niña que, obvio, tendría el nombre de Diana Laura. Ahora es conferencista de temas de advenimiento, arrepentimiento y búsqueda religiosa.

La alemana se llamaba Hilda, era un personaje algo siniestro: alta, rubia, con una pierna inmóvil; la sospechábamos prófuga de la persecución a los partidarios del nazismo con esa voz enérgica que gritaba en alemán y se escuchaba en toda la calle, sólo vivió un rato ahí porque compró la casa de enfrente, una bella, enorme casa con frías baldosas y persianas de madera, una casa que era una sensación. Esa casa pertenecía a unos gringos viejos, amables y cariñosos, pero al morir ellos sus hijos llegaron y malvendieron esa casa. Por la Sra. Katy, la dueña original, mi hermano se llamó Charly y no Carlos. Mi hermano y yo solíamos pasar ahí las tardes porque uno de los cuidadores tenía varios hijos y por fin, además de la escuela, teníamos con quién jugar. Era una familia humilde pero nosotros éramos felices con las tortillas con chile y sal que nos daban. No supimos por qué pero se fueron también. La Sra. Hilda contrató luego a un joven lanchero, Germán, que se convertiría en su marido. No volvimos a entrar en esa casa pero desde la nuestra escuchábamos las palizas que ella le proporcionaba. Pronto, el fuerte y moreno lanchero empezó a envejecer, la Sra. Hilda le llevaba al menos unos veinte años. A su muerte, hace pocos años, él heredó todo: la casa y el negocio en la playa pero ya era viejo para siempre. Años después, en La Habana, entré a una casa blanca y sentí que estaba en la misma casa de enfrente de mi infancia: el olor, las bugambilias, las baldosas, las persianas de madera, una nostalgia que sólo hay en algunos ámbitos del trópico: el olor de la resolana, lo fresco de las plantas regadas por las tardes, y de los muebles pasados de moda, la riqueza que ya no se posee pero donde hay este aire aristócrata que no lamenta su decaimiento.

En mi calle sólo estaban esas dos casas: la mía y la de la Sra. Hilda, y un pequeño hotel, El Niza, mis padres eran amigos de los dueños y mi hermano y yo íbamos a nadar en la alberca. No llegaban mexicanos nunca, y en invierno se llenaba de canadienses, italianos, alemanes y uno que otro gringo. El dueño lo vendió y el hotel quedó abandonado varios años. Sería después (cuando ya había una tercera casa: una mujer mexicana casada con un suizo que trabajaba en uno de los cruceros regulares del puerto, al que venía una vez al año; tuvieron una hija y la mujer se encargó de un negocito en la playa) que ese hotel iniciara la oleada de edificios de departamentos habitados por acapulqueños clasemedios o de ciudadanos que pasan soleados fines de semana; actualmente es una calle ruidosa, llena de niños y de climas artificiales saliendo de las fachadas de los edificios como protuberancias, como quistes metálicos, tumores de ruido discreto.

Había un polaco que vivía en Minneapolis, y venía a casa cada enero, era un viejito pequeño, arrugado y muy, muy precario con el dinero. Pepe (Joe Temezcko) desayunaba pan con mantequilla y mucho ajo; sin bañarse se iba al mar todo el día untado en bronceador, sin camisa y con unas sandalias mexicanas; amaba caminar y nunca tomaba ningún tipo de transporte. Los sobres de té servían para dos o tres infusiones si se metían al refri. De Minneapolis a Acapulco se hacía dos semanas en autobús, nunca viajó en avión, y llegaba quitándose capas y capas de abrigos, contándonos historias fantásticas de un lugar donde hacía tanto frío que al escupir la saliva era hielo cuando llegaba al piso, mi hermano y yo lo escuchábamos embobados, para nosotros la navidad con nieve sólo sucedía en el cine y en las postales. Pepe solía cuidarnos en ocasiones, con los años

descubrí que al té que nos hacía por las tardes le agregaba una pizca de brandy. Le encantaba abrazar a todos con ese olor particular de grasa, ajo y bronceador. Todavía hay un cierto aroma a guardado, como de fondo de armario, que me hace pensar en él. Hace ya unos años que no sabemos de él, imaginamos que murió porque él decía que sólo muerto dejaría de venir a la casa en invierno.

Llegaron también franco-canadienses y canadienses, y algunos gringos, a formar parte de la infancia, creíamos en Santa con los regalos bajo el árbol, mientras los Reyes, en cambio, eran la entrega doméstica de ropa interior.

Crecer en puerto fue aceptar lo extranjero, convivir con la diferencia, con el inglés de playa, con la sensación de pertenecer a un lugar de lujo y descanso: de mi casa se veían los barcos, el mar, el helipuerto de la casa de Frank Sinatra. Era lo más natural sentirse vecino de Sinatra y saber cuál era de todas, en la playa, la casa de Cantinflas... Hollywood extrañaría un Tarzán, Johnny Weissmüller, que las leyendas acapulqueñas lo ubican como habitante de una habitación del hotel Los Flamings, casi enfrente de la secundaria donde estudié, donde representaba el papel que lo hizo famoso: se subía a una roca elevada y, después de algunos gritos, se sumergía en al agua, perpetuando su propio guión de hombre salvaje. La locura lo acompañó los últimos años, pero en el lobby del hotel aún se pueden ver fotos de famosos de películas en blanco y negro que sonríen con él el tiempo que ahí vivió. Teníamos un árbol de navidad hecho de herrería porque era lo conveniente, decía mi papá. Lo festivo era colocar una escarcha verde alrededor pero lo terrible era que ya no podíamos colocarle las tarjetas acumuladas en los años: las que nos enviaban de navidad, postales de paisajes nevados, tan lejos de nosotros que sólo conocíamos un clima. Algo pasó con ese árbol: el material de su hechura vino a terminar muchas cosas: ya no éramos tan pequeños y el drama no era sólo el que pudiéramos inventar sino el real y tangible de la vida doméstica. Poco tiempo después se acabarían los ciclos de las visitas extranjeras, la familia se iría por cuatro caminos distintos y la casa se perdería para siempre. Pero crecer en puerto nos hace a todos un poco errantes y aunque jamás hubiéramos salido de ahí tendríamos esta sensación de la nostalgia y de la pérdida.

Aspiraciones



Hay quien pretende, en estos tiempos, abarcar cuestiones de espíritu, de sumergirse en búsquedas extensas hacia lo inabarcable, lo inefable, lo más oculto del mundo de los sentidos. Centrarse en descubrir, en imaginar, en el placer tortuoso de saber que existe algo más de lo que se percibe. El artista es un niño atormentado que juega a comprender el mundo. Hay también quien se cansa, en estos tiempos, de las varias opciones, ya porque lo intentó todo, o casi todo, ya porque no se esforzó por intentar nada de eso; cortó camino y se fue directo a otro lugar: habitar el lenguaje y morar sólo en él, en un claustro de rutinas, de horas fijas, de no caminar a la luz solar, de una vida ascética y silenciosa, habitar ese otro espacio donde las palabras se leen pero no se pronuncian en voz alta.

Un final feliz



El escritor empieza a ir a psicoanálisis, está harto de no dormir, de no escribir, de no sentir el sabor de la comida, de no saber qué responder cuando su esposa le reprocha la falta de atención, su ausencia de espíritu, su falta de reposo. Así que se presenta con un psicoanalista recomendado por su cuñado y se sienta a exponer sus problemas. Le dice que lleva más de un año que no escribe, que él quiere contestar las interrogantes culturales y políticas de su siglo, que quiere ser recordado como la estatua de lo moral y de lo bello cuando sus obras vivan y él no. Que aspira, humildemente, a que una calle o biblioteca (aunque sea pequeña) lleve su nombre. Que está lleno de historias bellas, conmovedoras, trágicas, pero que ilustran de la soledad del hombre en el tiempo, historias que no logran salir de él, que no logran ser. El renombrado joven doctor le dio cita para la siguiente semana y así estuvieron durante tres años. El escritor ya duerme, ya come, ya escucha plácidamente música clásica, una vez al mes hace el amor con su esposa y lleva a sus hijos al cine o a cenar, observa con un rencor estrenado a su hermana y a su madre, y consiguió una clase de teoría literaria en la universidad de su ciudad. Su esposa está muy orgullosa de las conferencias que dicta su marido, el escritor, sobre la pérdida de identidad en la conciencia moderna de la literatura española, peruana o mexicana. Lo más importante es que el escritor, por fin, dejó de escribir.

La estampida inevitable



Para la m.p.

Hay aquéllos que se sientan en los parques a alimentar a las palomas, eso les procura la paz y la tranquilidad necesarias para dar reposo y humildad al espíritu. Después de haber pasado ahí la mayor parte de su día llegan cansados a casa, después de ver a los pocos habitantes de esos parques: madres con hijos pequeños, ancianos jubilados, adolescentes que ofrecen espectáculos desinhibidos, lúbricos, ruidosos, con piercings estratégicos, lunares metálicos. A mí me es suficiente con sentarme en un café, que de preferencia esté sobre una avenida principal, ver pasar los autos me da la misma paz que a los alimentadores de palomas. Me siento y observo el tráfico, los incidentes, las personas hablando solas en la calle, todo convertido en una histérica sintonía que es casi enternecedora si no fuera tan violenta. La tranquilidad es inusitada, inesperada, agradecida. No sé por qué pero estoy cerca de la experiencia estética cuando observo desde el cristal del café la vida afuera, me separan apenas dos metros de esa calle, si yo quisiera podría salir y tocar los autos, las personas, los puestos ambulantes, pero no quiero arruinar la perfecta ficción que los rodea, lo irreal de su paso, lo transitorio de su tiempo. Vivo el hechizo estúpido, casi fatal e incomprensible, como un placer oculto. Hay quienes sienten pánico por razones justas: una calle oscura, la inestabilidad financiera (como si alguna vez el país hubiera sido estable), los miedos de un ser normal en situaciones normales de desesperanza, desolación, estrés, que son tan comunes y simples en nuestros días: es normal estar cansado, deprimido, solo, neurótico. Es normal ser alcohólico, es normal alejar de nosotros a los que se acercan demasiado y empiezan a preguntar, las alas se derriten de golpe cuando preferimos la soledad a la inconveniencia; es normal angustiarse porque no sabemos qué ponernos, porque estamos gordos, es normal comer de más, es normal no comer del todo, los excesos se comprenden, se perdonan, se consienten. Es normal hacer trizas y descomponerse unos a otros en las reuniones familiares; es normal deshidratarse, es normal la fealdad. Vamos a terapia una vez por semana y hablamos, hablamos, hablamos.

Una que otra vez rompemos a llorar por causas inventadas, por un recuerdo mal puesto y sobre todo por los cautivos instantes que pudimos ser felices; nos dicen el diagnóstico de la normalidad, el dolor no hace excepcional a nadie, es normal vivir vidas intensas, es normal vivir vidas planas, es normal estar siempre al borde de lo que sea. A mí lo único que me da pánico, he de confesar, es no encontrar el gel antibacterial en mi bolsa, lo demás me tiene sin cuidado, nada altera mi pequeño orden. Es normal tener ataques de ansiedad, pero yo estoy en este café, esta tarde soleada y es pacífico el instante en que el semáforo se pone en rojo y los autos se detienen como animales que contienen apenas la estampida inevitable.

Amar árboles



En vez de ricos perfumes se había cubierto la cabeza de cenizas y basura

Libro de Esther, 14:2

Hay mujeres que se enamoran de árboles. Pero su amor es infructuoso, un desperdicio. Los mismos árboles llenos de frutos sin que exista alma alguna para verlos o probarlos, saciar el hambre y la sed. Podríamos aprender la humildad de los amores pequeños, los que se dan con la punta de las extremidades del cuerpo, con el índice que apaga la luz antes de dormir, esa es la energía que se requiere, apenas un toque sencillo, un bajar suntuoso de párpados. Amores que no hablan mucho y que —en su mayoría— son correspondidos. Amores de ancianos en las mesas de los restaurantes, en las plazas de ciertos poblados, en las playas aburridas, en los quioscos afuera de las iglesias, en lo doméstico de los desayunos, en las reuniones familiares en los pasillos de un hospital. Hay que aprender de ellos porque el reino de los cielos merece la humildad y la desnudez, no la soberbia de un rey, la exhumación de huesos con piedras preciosas.

Si para amar hay que desprenderse, empecemos por el demonio exquisito de la vanidad, la condición excelsa de una reina reducida a la humillación de estar frente al otro, el amo. Amar es convertirse en una ceniza dispuesta, una voluntad que se aleja del cuerpo y la mente para dejar en reposo un amasijo de sensaciones volátiles, con oído para un solo objeto: la voz del amo. Pero éste ya no sería un amor humilde porque se deja de ser lo que es, los amores humildes hacen continuar la vida con un cambio apenas perceptible: nos mudamos de la casa de los padres a la del esposo, hacemos familia como quien dice es lo natural, lo que se espera que hagamos, la ley de la vida inmutable, la cadena de sucesos patrimoniales que heredamos desde siempre y preservamos en el papel oficial desde la Edad Media y el Renacimiento para cuidar la propiedad privada, que adornamos con flores de azar, vestidos blancos y una mujer nunca tocada por mano de hombre, para que se llegue al altar y los familiares, el círculo social, crea que cree en las estatuas erigidas por amor.

Incluso, el amor a Dios es una de las formaciones geopolíticas más controvertidas de la historia humana. ¿Qué estamos dispuestos a hacer para merecer el reino venidero?, y más importante aún, ¿qué estamos dispuestos a evitar para merecerlo? El amor es un hecho político, el acto de ceder las tierras y las posesiones terrenales, el acto de aceptar los futuros inciertos y los amos impredecibles. ¿No es por amor que el mundo mueve sus espacios geolingüísticos? ¿Por amor también firmamos convenios injustos? ¿Por amor es que llamamos procesos normales el desarrollo de unos y el atrofiarse de otros? ¿Aceptamos y vencemos por razones amorosas? Entonces el reino de los cielos debería estar aquí. La Capilla Sixtina de Miguel Ángel podría caernos encima con su belleza profética. Pero no, todo sigue igual. Las bodas se realizan, los estúpidos se excluyen y los amores grandilocuentes se evitan en lo posible. No hay que amar árboles, no tiene sentido. La humillación no tendrá una respuesta animada. De nada servirá desnudarnos y cubrirnos de ceniza y basura, de caer en hinojos desprovistas del mínimo orgullo, de nombrar con palabras dulces como la miel la belleza, el sabor del fruto; de nada servirá abrazarlos como locas tirándonos de los cabellos —oficio de luto— aferradas a la sombra, de nada servirá.

Los escritores y procesos de lectura



Los escritores mienten, disfrazan, solapan, ocultan, ponen en el cuenco oscuro palabras que pudieron ser libres, abiertas. Pero, afortunadamente, la verdad no importa, así que los escritores hacen su tarea: contar las mentiras que pueden referir desde tantas esquinas ópticas, y quizá, después de tanto mentir ya por azar o profesión nos acercamos a verdades extrañas, quizá por eso cuando las miramos de frente decidimos que también son mentiras. En su mentir radica su sinceridad, un escritor que diga inmediatamente su objetividad, su relación de hechos en escena del crimen —o de la tragedia o de lo cotidiano— me hace desconfiar, me quedo definitivamente con los mentirosos. Si además de mentir se sabe que guardan una tendencia enfermiza o que el alcohol y ellos han sido vistos juntos frecuentemente mucho mejor, sé que lo que voy a leer vendrá de alguien que sabe que el mal ronda y no descansa. No el mal de los personajes del Western, o el mal definido de las telenovelas latinoamericanas, el mal simple que hay en los dobleces humanos, el mal humano, el inevitable. ¿Se puede vivir sin lastimar a terceros? Aún cuando conscientemente se intenta hacerlo rara vez funciona, estamos sujetos a una pendulación del espíritu que devora, lastimamos sin querer, amamos sin querer —o eso decimos—, guardamos rencor sin querer, dónde queda la voluntad y dónde la responsabilidad cuando por acciones nuestras, por palabras nuestras alguien está lastimado si nunca quisimos en primer lugar hacer daño. La inocencia se disfraza de infancia pero aún de niños no somos buenos, sabemos del chantaje emocional, de la culpa en los otros, sabemos cómo preguntar para debilitar al otro. ¿Cómo escapar de un círculo circense de duelos y reproches? Quizá leemos sobre otros para no pensar sobre uno mismo, quizá para comprender el uno mismo, quizá para excluirnos voluntariamente de los otros. Nos levantamos, tomamos café, asistimos al trabajo o nos quedamos en casa a leer el periódico y planear el día, vivimos solos o en familia, llenamos de tareas la jornada y creemos que no hacemos mal, que vivimos como podemos, que no herimos a nadie. Somos malos lectores de los otros, no vemos señales, no vemos que los otros también mienten cuando hablan, gesticulan, acarician, y no leemos entre líneas el apuro, la frustración, las ganas de salir huyendo porque sí, porque somos

humanos y nadie quiere exponerse. El triunfo del mal es que no se ve, no miente pero no se ve, hasta que uno se aleja como esos cuadros franceses llenos de puntos y pastas de pintura que son otra cosa cuando uno los ve de lejos: los paisajes son tan claros que no entendemos cómo no pudimos darnos cuenta. El mal se alimenta de las miopías, de las ganas de no ver. Radica en la permisividad que da el ocio, las ganas de no pensar en las palabras y los gestos, en las palabras, en las palabras. Una tía me aconsejó emborrachar a los hombres para conocerlos verdaderamente, que en la ebriedad salen los demonios, la violencia, la apatía y uno puede saber quiénes son, pero he llegado a conocer ebrios eficaces, aún ebrios se comportan, son animales sociales por naturaleza, tienen la política exterior de no dejarse caer si pueden evitarlo. Aprendemos a vivir en soledad porque es tolerable, aprendemos a vivir con los demás porque es lo esperado, pero no aprendemos a leer, aún no, leemos mal a los hermanos, a los vecinos, a la madre, malinterpretamos todo, nos dejamos llevar por las palabras sin ver su historia, su cuerpo, su realidad contextual.

De todos, los escritores usan palabras que ya no sirven, la gente en la calle se comunica de otras maneras: reducen el lenguaje, lo transforma para que quepa en los utensilios electrónicos, para que se adapte a la rapidez de las citas y las reuniones, para decir lo más con menos, y la ortografía y la sintaxis son fantasmas que estorban. Los escritores no aceptan que hay que sacar palabras de los cajones o las salas de tortura, debajo del colchón, porque las usuales ya dejan de ser lo que son, se leen como cartas viejas, almidonadas, masticadas una y otra vez. Siguen mintiendo pero ahora son mentiras usadas como cuentos de cantinas... El mal no trabaja porque el trabajo se hace solo, se posa en los dobles sentidos, en la connotación rabiosa de una discusión o en la falta de responsabilidad cuando alguien dice amor, en el alguien que huye de otro alguien porque empieza a sentir cosas que no sabe leer de sí mismo, en los discursos políticos, en el lenguaje cinematográfico que repite hasta la saciedad los lugares comunes de un lenguaje común de gente común; el lenguaje del arte que no dice nada, que es un montón de cháchara ilustrada que no dice nada. El mal no está atrás de la cortina, está justo en frente de nosotros, pero nos mentimos para hacer que no lo vemos.

Para nadie



¿Recuerdas cuando me dijiste que nada es más presuntuoso que hablar de música clásica? ¿O de los vinos y sus exquisitos detalles, y de pintura, recuerdas esa mueca en tu cara cuando alguien empezaba a hablar de la pintura holandesa o los estofados del siglo xiii en la Italia bárbara? Para el final de la noche cuando las conversaciones pasaban a los libros tú ya estabas lleno de una furia sorda, sumergida en alcohol e ironía. Los poemas sociales, las vanguardias europeas y el manifiesto simbolista te daban igual, los escritores vivos, los del Norte del país, te daban igual, los grandes escritores te daban igual; el cine de autor te causaba angustia porque tú creías fervientemente que el cine sólo debía entretener y distraer de las jornadas laborales, odiabas que te pusieran a pensar. Pobres intelectuales, solías decir, que hablan tanto y no hacen nada. Te envolvías antes de dormir en un halo de indiferencia que solían confundir con elegancia y te dejaban en paz. Tenías tanta pena por mis amigos, los imaginabas en otras fiestas hablando de Neruda y Huidobro y Picasso y los museos en Europa, y la pobreza de la distribución editorial en el país, decías que sólo se quejaban cuando ya tenían becas y premios, decías de lo sórdido, lo falso y lo ambicioso del ambiente artístico. Yo no soy artista, nunca lo fui. Pero me gustaba rodearme de ellos, había una frescura en sus ideales viejos, de París de los años 20, había una seguridad en sus voces cuando decían en diez años... mi única aspiración era llegar a vieja y recibir sus visitas, ellos, que tenían en la mirada la concepción del éxito que yo jamás soñaría. Llegó la vejez, ya no hay amigos, y tú te fuiste hace muchos años con tu rabia callada, con tu rencor dormido. Te fuiste para siempre.

Julia Roberts



Yo no te vi pero escuché tu conversación en el celular, estabas sentado atrás de mí. Los dos nos bajamos en la misma parada, me comentas del eclipse, que todos están mirando la luna y tú no sabías por qué, sonrías, sonrío, cruzamos la calle. Te despides, digo adiós, y unos pocos metros después nos volvemos a encontrar en la otra parada, pero tú esperas una ruta distinta, sonrías (dientes blancos y parejos que no volveré a ver) de nuevo mientras te alejas (camiseta roja y jeans) y yo me quedo ahí mientras llega mi ruta, pienso en el espectacular montado en el edificio viejo de frente, el anuncio de una película reciente, y veo que a Julia Roberts se le acabaron los papeles de jovencita jovial. Después de quince días es hora de cambiar las sábanas de mi cama... son casi las diez de la noche y las calles a borbotones de gente que regresa, que va —o que viene— a casa, es miércoles y ya estamos todos cansados, un rictus que se comparte, a esta altura, la intolerancia y la impaciencia es lo que separa las cabezas de sus almohadas o sus meriendas, sus conversaciones raquíticas o su televisor. Seguramente hoy darán una de esas películas donde Julia Roberts ríe como si fuera feliz y nosotros creeremos en la juventud otra vez. ¿Cómo será envejecer? ¿Perder el deseo? ¿Vivir acolchonadamente libres del deseo? ¿Dejará de importar el cuerpo, la necesidad que devora? ¿El frenesí, la ansiedad? ¿Podremos mirarnos los unos a los otros sin pensar en que esos ojos pueden mirarme en la cama desnuda una noche, cualquier noche? Animalitos sueltos a su voluntad... el sexo es el refugio de este siglo, pero un refugio donde se busca algo que se parezca a la intimidad, porque ya no hay nada que descubrir, nada nos altera en el gusto o la invención, pero actuamos como si todavía nos hiciera gracia. ¿O será que al final nada importa?, que los dramas, los placeres, la vida concentrada en sus rutinas y esquizofrenias, en sus delirios falsos,alzada sobre sueños estúpidos, no valen para nada, que al final sólo cuenta —y eso si tenemos suerte— el poco afán que nos quede para encontrarle un sentido, una justificación o la pereza que confundimos con la alegría, el poco amor que dimos, del que fuimos capaces de dar si no fuimos cegados por la soberbia o el egoísmo o la vanidad. ¿Será que al final, antes de morir, podemos mirar —entornados los párpados— el pasado y sentir que hicimos lo mejor, ofrecimos lo que

pudimos ofrecer sin regateos y agradecemos encarecidamente cuando alguien nos dio algo en retorno? Quizá —si nos ronda la fortuna o la ventura o cualquier hija del azar— alguien estará ahí —el amigo o el amante— viéndonos morir para recordar de nosotros las sonrisas de la juventud, explicar las fotos desvanecidas, los cambios repentinos de humor, la belleza detenida una tarde en que creímos comprender... la calma suspendida entre un hombre y una mujer que no necesitan hablar, y la risa, la risa de lo absurdo, de la espera, de los no-pasa-nada, de mirarse uno en el otro y saber el lugar de la pertenencia. Quizá morir sea después de todo un simple despedirse cuando se han construido los elementos a los que duela decir adiós, ya sin deseo, sin batallas, irse con todo el cuerpo, aceptar —en el cierre de párpados— no ver más lo que construimos para nuestros ojos.

Desviación de la tesis I



Hablar es, al mismo tiempo que conocer a otro, darse conocer a él. El otro no es sólo conocido, es saludado. No sólo es nombrado, sino también invocado.

Emmanuel Lévinas

Entre los discos de siempre (*fue en un café, se vieron por casualidad... ella tenía un clavel en la mano, él se acercó le preguntó si estaba bien... Fito Páez*) las notas de lectura de siempre (las antologías de cuentos que no he leído), la sala apenas iluminada y los cigarros que no pueden dejarte tranquilo, te conté una historia. Y tú, a tu vez, me contaste otra. Es como si el tiempo no pasara cuando se habla de los padres, las primas fresas, los amigos que pueden mejorar a los ojos de los demás, la ciudad que desvanece nueve años como si tal cosa y no me crees cuando digo que me gusta aquí. Mas no tengo nada y te das cuenta de ello. Mira, yo creo que tendré cuarenta o cincuenta para cuando me dé cuenta de que sigo sin tener nada y quizá, si tengo suerte, me seguiré diciendo que está bien, que quién necesita de objetos para revertir la dependencia sujeto-objeto. Pero este idealismo pasado de moda es absurdo, lo sé, uno debe procurarse un futuro, a como dé lugar. Pero tengo ese asunto difícil porque es el a como dé lugar el que causa conflictos. Uno pide tan poco para vivir, uno pide tan poco de los otros, uno casi no pide, agradece. ¿Crees que está mal? Si vinieras de una familia donde todo es dinero —no porque lo tengan sino porque obsesiona— quizá sólo tienes de dos: haces lo que sea —a como dé lugar— para hacerte de él o lo ignoras. No creo que las dos sean las únicas maneras pero son las que conozco. Hago el inventario: tantos libros, tantos cds, tantas pelis, un sofá, una cama, un escritorio improvisado, un juego de jardín para el no-jardín, una vajilla incompleta, un librero, dos espejos, varias plantas pacientes... Alguien me contó alguna vez que Bertolt Brecht traía un ladrillo en el bolsillo y ante la pregunta contestó: “traigo un ladrillo para recordar cómo era mi casa”.

Te cuento de mi casa. No te das cuenta porque crees que soy así con todos, pero no. Hay asuntos, querido, que se guardan, así como el avaro cuenta sus monedas antes de dormir

hay quienes cuentan una y otra vez sus insignificantes historias para no olvidar. Las heridas marcan. La gente está marcada. Qué mayor herida que la infancia, ¿no crees?, no puedes volver a ella para detenerte antes de subir al árbol del que bajarás de golpe.

Y sé que debería ir al aeropuerto a comprar el primer vuelo que salga a donde sea e irme de aquí porque a estas alturas debería saber que no se puede hacer nada, que es mejor vivir el país en otro país, que es mejor extrañar a quedarse escuchando los mismos discos, preocupados por los mismos amigos, los mismos libros que faltan de leer. Sé que debería ser valiente, empacar los libros y dejarlos en casa de una buena amiga e irme sin planes de regreso. Para no desilusionar a nadie debería tener esta disposición viajera, agradecer que no tengo nada o nadie que me ate —me lo han dicho— y mirar la ciudad desde la ventanilla del avión. Para no hacerlo no tengo explicaciones, quizá disculpas mas no explicaciones. ¿Te ha pasado que los demás piensan que tú piensas o creen que tú debes creer y tú sólo miras desde el balcón o ventana o lo que sea la acción de afuera, como cuando ves bailar y te quedas sentado, disfrutando sólo de ver? Alguien que no veo seguido me escribió lo siguiente: *te veo, me ves: te quiero*, luego, alguien más me dibujó un barco en una servilleta y justo abajo de él un te quiero en lugar del mar... quiero habitar en ese barco... asomarme a esos mares de tequieros... qué mayor reconocimiento el darse al otro en la mirada. Los miedos se acumulan, los amores se acumulan, las historias, todo junto en la humilde tinaja a la entrada de la casa, a la vista de todos. Y tú estás aquí y se ven casi en el aire estas palabras que no pronuncias como el viaje que no hago, pero las palabras están ahí, me miras y sé lo que dices. Entiendo también que salgas en silencio para no querer saber de corazones abiertos en una cirugía elaborada y lenta, para no saber que el corazón explota a la mitad de su exploración. Si yo sé de estas cosas raras de mirar, reconocer y casi —sin que nadie lo perciba— mirar de soslayo para no quedarse ahí, en ninguna parte.

Mis negros difuntos



Por ti aprendí a querer el jazz. Y tengo a Miles Davis, John Coltrane, Nina Simone, tengo mis negros difuntos atravesados en mi oído. Su lanza amorosa se acurruca en mi oído izquierdo para estar cerca del corazón. También aprendí que cierta música sólo cobra sentido en la soledad. ¿Verdad? ¿Quién escucha el *Concierto para cello No. 3* de Bach en compañía? ¿O los conciertos de Brandenburgo? Y luego ese disco genial de Billie Holiday en vivo junto a Ella Fitzgerald y Carmen McRae en Newport en 1957... O ese humor sensual de Muddy Waters, esa tristeza azulada que inunda las paredes como musgo antes de posarse en uno, casi como un beso que se presiente. Por ti aprendí a escuchar el jazz, a separar los instrumentos en mi mente y volverlos a unir porque se trata de un juego: mira cómo el bajo sigue al piano como si bailaran juntos y luego el saxofón celoso llega a esa danza y después, después, todos están juntos celebrando o consolándose como buenos amigos que son. Sólo el concierto de Elgar para cello con Jacqueline du Pré y dirigido por Daniel Barenboim ya lo amaba antes que tú me lo mostraras... Extraño asunto es la música que aún en la ausencia trae recuerdos de candidez pasmosa, como si ella estuviera en mi oído y tú al lado mío de manera instantánea, y yo digo —sin que me dé cuenta—: estás aquí.

Desviación de la tesis II



Puede que un ser humano, en la temporalidad, consiga prescindir del amor; quizá consiga que el tiempo vaya escapando sin descubrir el autoengaño; quizá consiga, cosa espantosa, permanecer en una quimera jactándose de estar en el amor; pero en la eternidad no podrá prescindir del amor, ni dejará de descubrir que desperdició todo. [...] Porque ¿qué es aquello que une lo temporal con la eternidad, qué otra cosa sino el amor, que cabalmente por eso existe antes que todo y permanecerá cuando todo haya pasado?

...Quienquiera que conozca un poco a los seres humanos admitirá sin duda que, igual que con frecuencia ha deseado poder moverse a que renunciaran al amor de sí, también con frecuencia ha deseado que fuera posible enseñarles a amarse a sí mismos. Cuando el atareado derrocha su tiempo y sus fuerzas al servicio de actividades vanas e insignificantes, ¿acaso no será porque no ha aprendido a amarse rectamente a sí mismo? Cuando el frívolo se entrega, casi como si él fuera una nulidad, a los juegos embaucadores del momento, ¿acaso no será porque no tiene ni idea de lo que es amarse rectamente a sí mismo? Cuando el melancólico desea deshacerse de la vida, e incluso de sí mismo, ¿acaso no será porque no quiere aprender a amarse a sí mismo de una manera rigurosa y seria? Cuando un ser humano, porque el mundo u otro ser humano deslealmente le ha traicionado, se abandona a la desesperación, ¿cuál será su culpa (desde luego que de su sufrimiento inocente no estamos hablando ahora) sino la de no amarse a sí mismo de un modo recto? [...] En el mundo se habla muchísimo de traición y de infidelidad [...] es demasiado verdad [...] mas no por eso vamos a olvidar jamás que el traidor más peligroso de todos es aquel que cada ser humano tiene en sí mismo.^[1]

Puede ser tan sólo que la pereza nos aleja de todos y también de nosotros mismos, pero ¿es la vanidad o el egoísmo o el falso conocimiento de uno alimentado por la violencia de un mundo inmerso en las frívolas maneras de contenerse, de limitarse y definirse que decir yo-que-soy, yo-que-siento-que-pienso, yo-queestoy, yo-y-tú- sea un discurso minimizado? La sociedad mediática, industrial, cibernética, responde a estímulos más extraños cuanto más ajenos, los estímulos masivos de un pensamiento adormecido por el espectáculo y la

fama; las generaciones jóvenes se obsesionan por tener empleos seguros, por ser importantes, por obtener el respeto de los otros, por hacerse de un lugar en el mundo a costa de muchas situaciones, a costa de ideales y deseos; la idea del éxito es de una carga inmensa centrada en la acumulación no sólo del capital sino del otro capital: el cultural y el social, la búsqueda del aprecio social es lo que define a esta generación, una búsqueda casi conmovedora por la aprobación externa, por los que consideran iguales y para los que trabajan; están ocupados en tenerlo todo a un instante, en superar a las generaciones anteriores despreciando en el camino los aciertos y las luchas ganadas; las generaciones actuales se desbordan en la apropiación de las instituciones sociales como un intento de dar un sentido a espacios que habían demostrado su inequidad, su disfunción. Entonces hablar de amarse uno mismo será también un ejercicio de conocimiento y todo conocimiento es peligroso: podemos hablar de lo que sea, somos más abiertos, hablamos de la vida sexual, nacimos un siglo después de Freud; decimos: no tengo miedo a contar mis sueños en una comida de la oficina, o no temo decir del amor a la madre, o también reflexionamos sobre nuestro temor a que nos abandonen y somos francos con el otro, pero ¿en qué medida somos coherentes con esa franqueza? no corresponde incluso la idea del amor y de la entrega amorosa alimentada por el cine y la televisión —de donde tomamos hasta las frases más íntimas— para confesar nuestros sentimientos. ¿No será que en el fondo tenemos un desprecio por las palabras propias que suelen ser torpes y preferimos las que ya funcionan como juguetes de pilas, que sabemos para dónde van y cómo se mueven? No tenemos la menor idea del amor a nosotros, no sabemos cómo y dónde opera este amor que sospechamos existe. ¿Cómo darle al otro lo que no sabemos ni representar para nosotros mismos? Es tan fácil culpar al individuo que nos rodea de no amarnos, a los padres de no enseñarnos a amar pero la situación va más allá: va en un sentido de comunidad, va en el festejo que hacemos de un contexto que nos es completamente extraño y lo inventamos: el amor es una ficción llena de lugares comunes, de dramas particulares y con alegrías difusas, el amor pareciera la invitada a la fiesta que nunca aparece, mientras todos presumen de conocerla mientras se llenan de bocadillos y tienen en la mano una copa de vino... ¿cómo alejarnos de la frivolidad cuando está tan enraizada en la cultura?, cuando la defendemos y actuamos en su consecuencia, cuando idealizamos porque es más fácil el ejercicio de la idea y no el del trabajo por su materialización, del amor concreto y cercano, del amor que requiere esfuerzo y presencia... los hombres y mujeres que dicen que no han encontrado el amor, que dicen que no saben amar y que por eso no es importante; los que creen que el amor es lo vano se concentran tanto en un tipo ideal de amor que terminan por sabotear las posibilidades de tenerlo y abrazarlo. Tendemos a complicarlo todo. No creo, como Lezama, que sólo lo difícil sea estimulante, creo en las cosas más sencillas, aquellas que nos mueven en el día a pensar, a sentir, a intentar revelarnos que somos algo más que ciudadanos adormecidos.

Desviación de la tesis III



Sin mayores aspavientos creo que escribir hace más ligeras las cosas, las cosas del cuerpo quiero decir, las cosas del desasosiego y de los escalofríos... escribir es desprenderse de lo que estorba, de lo que es innecesario, de los motivos que quitan el sueño, el ánimo, la brutal indiferencia. Escribir es pensar en el otro y aún más importante: pensar en uno como otro, escribo para explicar y explicarme, pero no las explicaciones como excusas, como decir lo siento, como decir no debí, como decir no quisiera... no, hablo de las explicaciones válidas para uno, las que nos acercan y limitan, las que nos dejan salir de nosotros mismos, las que nos permiten abrirnos y decir cosas al final íntimas, dejarlas salir porque sí, porque estorban, porque hace falta, porque no importan.

Aceptar que tenemos una coraza hecha de varios materiales: nuestro aparato crítico, emocional, sentimental, intelectual y ético, además de nuestra entidad histórica validada en cierta tradición religiosa o política —aún cuando no seamos practicantes— y que —conscientes o no de ello— ponemos frente al otro al conocerlo, al reconocerlo, al mirarlo; esta entidad que nos conforma como individuos no la revelamos completa incluso después de años de irle dando sentido y explicación, porque esta entidad no es fija, es movable... ni siquiera podemos decir que está completa, que nada más cabe en ella, que estamos ahítos de nuestra propia potencialidad, de nuestra proyección humana en el límite que nos corresponda.

Así que las relaciones humanas interactúan en diferentes esquemas y en diferentes capas de comprensión lectora: son demasiados elementos en interacción, a nuestra entidad movable (con algunos supuestos que no se tocan, como la cuestión religiosa o un sistema de valores armado ya de tal forma que no se está dispuesto a ponerlo en peligro) hay que agregar la entidad del otro, lo que lo conforma: su aparato crítico formado a su vez con elementos comunes y con elementos extraños o al menos sujetos al mundo con otra concepción de las cosas; el lenguaje es fundamental, aún en la misma lengua hay incomprensión de lo que se dice, de la intención de lo que se quiere decir y si tenemos la suerte el otro se queda con un fragmento de un esquema lingüístico y semántico.

El enfrentarse a otro no tiene que ser como en una batalla donde uno domina al otro, o un juego donde uno derrota al otro, no se trata de competencias, es ponerse frente al otro e intentar —en la medida de lo posible— acercarse a él, mirar qué hay de nosotros en él y mirar qué hay de él en nosotros...

Cuando Kierkegaard habla del amor divino habla en términos de un amor humano porque es el que conocemos y llevamos a cabo —con sus limitaciones—, habla del amor de un ser humano por otro, así de sencillo, seiscientas páginas de amor como entrega y como comprensión, y creo que —éticamente— sin hablar de amor místico, el amor se da por el encuentro de las entidades, por la voluntad y el esfuerzo de que realmente nos pongamos frente al otro y frente al yo que se transforma. Si nos quedamos sólo con la visión de nuestra entidad y sólo nos rodeamos de aquéllos que la comprenden, la asimilan y la comparten, nos quedamos con una sola visión humana, y el hombre es en realidad muchos hombres, subjetivo, sustraído en yoes distintos; nos ha tocado vivir tiempos volátiles, así de intensos como inasibles pero tenemos la gran fortuna de poder ver tantos otros seres que sería ridículo no aprovechar la oportunidad de ver más allá. Y esta ética de la que hablo no está en abstracciones lejanas, está en lo cotidiano, en las traiciones estúpidas al amigo, en el abuso de poder en las relaciones de trabajo, en la falta de lealtad amorosa (que no es lo mismo que la infidelidad), en la definición de acuerdos con la pareja al decidir compartir un proyecto de vida donde uno solo tome las decisiones de dos que luego pueden ser revertidas; en intentar no lastimar o vulnerar al otro y este otro no es el ente desconocido sino el amigo cercano, el hermano o la madre; vivir implica un acontecer de interacciones y a veces aunque queramos no podemos evitar lastimar pero sí podemos —creo— ser conscientes del poder que tenemos sobre el otro, del lenguaje que tenemos sobre el otro y viceversa, para no aplastar de manera consciente al que se entrega, al que se aproxima. Si nos cuidamos de no salir lastimados y entonces dejamos de dar, de hacer un esfuerzo porque nada funciona, es el engaño más grande que podemos cometer contra nuestra propia entidad, la condenamos al ostracismo y a observar para dentro lo que no se moverá y lo que cuidamos tanto será una madeja en perfecto estado de hilos que no son parte de nada. Ahora, yo no sé hasta qué punto uno es incondicional y responsable de otro ser humano cuando nos cuesta tanto hablar por nosotros mismos, pero me queda claro que la otra postura me parece más peligrosa: prefiero seguir intentando a rendirme y dejar de dar; la ética es —pues— esta manera en que alcanzamos al otro en el afán de encontrarnos nosotros mismos. El otro que no soy yo, pero que también es todos mis yo posibles.

Oficio de difuntos



Entre más me alejo de Lispector más próxima la siento... tengo a Macabea en la cabeza y me conmueve al paso que la voy entendiendo aún cuando tiene casi tres años que no la veo. ¿Qué cosa es la literatura si uno puede sentir esta compasión por seres que no están, que no son? ¿Por qué la construcción de la ficcionalidad puede ser más verídica que lo que sucedió en la mañana en el trabajo o en el mercado, en el choque que vimos camino a casa? ¿Cómo ignoramos los detalles de nuestra propia relación con los demás y recordamos detalles mínimos, coloridos, de las vidas noveladas, de las vidas de los personajes, de los pensamientos de los personajes? De qué somos capaces de dar cuando nos encerramos y preferimos la puerta de otro mundo leyendo a vivir al fin como nosotros mismos... leer pareciera un ejercicio de cobardía... El otro día hablaba de Sándor Márai y sus novelas que hablan de la amistad entre hombres, novelas muy masculinas y llenas de la nostalgia por el imperio perdido en Europa; hablaba de él como si hubiéramos desayunado juntos, así de cerca y perversa es la relación que establecemos con los libros, creemos conocer a los autores no por ellos sino por las vidas inventadas; Lispector no importa, importa Macabea... pero una y otra están vinculadas en el mismo juego. Y el juego literario es que cualquiera puede entrar en él, leer es aceptar reglas ocultas y tácitas, uno sabe que lee algo inventado: lo fascinante inicia cuando se cree más en el invento, más en el artificio que en todo lo demás... Y claro, la verdad nunca ha importado, de ésa que se ocupen los filósofos... Omar Khayyám, el filósofo, astrónomo y poeta persa del siglo XI me tiene unida a él como ningún relación amorosa puede hacer; sus palabras llegan y dicen cosas del tiempo, de los mitos, de las uvas en el desierto, del amor condenado a evaporarse y del vino como el refugio para la brevedad de la vida en la tierra. Su poesía llamada hereje habla de la divinidad que hay en cada hombre si aprecia vivir, si aprecia el goce y se entrega al placer antes que nos alcance la guerra o la miseria que hay en cada uno de nosotros. Khayyám es el amante sin cuerpo que uno recuerda por la noche intensa del beso que se promete último. Ahora hay una mujer que no sé si llamarla amiga, es más bien una relación de distancia la que guardo: Arredondo. Me parece una mujer desagradable incluso. No quisiera tenerla cerca de mí...

pero aquí ando, pensando también en los temas y en las obsesiones que no tienen que ver conmigo y a la vez lo son todo.

Notas sin importancia



I

Cada vez me convenzo más de que escribir sobre otros insistiendo en la salvación del alma con alguna obra prodigiosa, se me hace una pérdida de tiempo. La reflexión literaria tendría (yo no sé de cierto pero supongo...) que estar más cerca de otros espacios, ni siquiera la definición de los ámbitos o contextos, sino los espacios de la apropiación, de la pérdida, del sinsentido. Pero la insistencia al hablar de corrientes, de aportaciones a las varias vanguardias, de las múltiples rupturas con la tradición, con los cánones (algunos) como estereotipos de las editoriales tan armados como las rubias delgadas *parishilton/lindsaylohan*, deja a un lado los placeres del texto, el análisis del mismo, la disertación que enriquezca y no que sean apostillas de revistas literarias en las que los críticos se leen unos a otros como folletos de iglesia...

II

Las cartas, dice mi amigo Vite, son pájaros que se van del hombro derecho... como si no las viéramos irse, como si apenas notáramos que están ahí, que ya existen sin nosotros.

Las cartas son ganas de tocar a alguien que habita lejos, llegar frente a él y tocar su rostro, su pelo, sus manos. La lectura de cartas es un ejercicio del cuerpo: esconderse para leer o bien sentarse a leer a los demás las palabras del alejado, del distante. Llevar las palabras al pecho, al vestido, al cajón escondido.

Escribir, después de todo, es hacer una carta con detalles infinitos, torpes, pero infinitos.

Literatura feminista



Si yo leyera algunos textos pensando en que son de hombres o mujeres y que eso determina su lugar en el mundo sin considerar el tiempo, las circunstancias particulares, los avatares de las vidas privadas tendría una sola visión de las cosas... escribir como mujer en el siglo XIX tenía sus problemas particulares, pensemos en George Sand por ejemplo; la mujer como escritora profesional es un tema reciente, también sabemos eso. Digamos del siglo pasado. Por ejemplo, en la literatura de la Revolución mexicana está Martín Luis Guzmán con *La sombra del caudillo* y una casi desconocida mujer del Norte, Nellie Campobello, con una escritura fragmentada, alimentada de historias orales, textos breves que forman una escritura que no le sobra nada. Me preguntaron la otra vez a quién se parecía Arredondo, si a Castellanos o a los hombres de su generación, y pensé en Campobello, ese cuidado del lenguaje, el uso casi restrictivo de figuras retóricas, un lenguaje de sitio, sin tiempo que perder. Los hombres de la generación de Medio Siglo tienden a la búsqueda y a la experimentación, se concentran en el tema que provoque, un juego entre ellos será escribir sobre lo erótico, lo incestuoso y lo perverso. Arredondo aprovecha los temas generacionales y los subvierte, lo que yace en su propuesta es una problemática profunda, la de la culpa y la voluntad violentada en las relaciones interpersonales. Nota curiosa de lectora: mientras hombres escritores mexicanos hablan, denuncian, revelan el país desde las instituciones nacidas después de la Revolución, algunas mujeres centrarán su obra en la familia, en el matrimonio, en la amistad, quedando las instituciones sociales como periferias temáticas si no inexistentes. La familia es la institución social en la que se enfocan algunas escritoras pero la importancia que le dan a las relaciones de contacto emotivo es primordial: el sujeto es desde afuera hacia dentro y viceversa. (Kierkegaard en *Temor y temblor* hace una despedida amorosa a la mujer con la que se iba a casar y este pequeño libro ilustra por un lado su desviación de la filosofía de Hegel y a partir de la alegoría del sacrificio de Abraham su explicación a Regina Olsen sobre el sacrificio de su propio amor. Es un libro sentimental, la ética amorosa de la entrega

puesta ante la necesidad del sacrificio. Se ve desde afuera para entenderse y poder decir adiós a ese amor.)

En Arredondo el país se da desde afuera, cuando ella llega a la ciudad y estudia en la Facultad de Filosofía y Letras, la ciudad de México es palpable pero es una ciudad ajena y frívola, no hay alusiones de lugares sólo de personas, y los personajes cambian: las mujeres están en casa esperando al esposo, sumisas, en conflicto emocional; los hombres están ausentes de la casa, en fin, los estereotipos de la familia mexicana o latinoamericana están ahí. Pero los cuentos de la hacienda o de los pequeños pueblos son de otra naturaleza: la del paisaje y la del ser humano, hombre y mujer, que se construye por la relación con los otros. Estos son los textos que me ocupan: hay una complejidad y una atmósfera que no tienen los otros relatos.

Uno lee desde su propio tiempo por supuesto, es decir, yo, sujeto-lectora, leo desde este siglo, este idioma, esta formación de hábitos de lectura y de competencias. Claro que me equivoco y me quedo con una lectura fragmentada... pero me parece que todo aquél que escribe hace cartas de su tiempo a un amigo querido...

Escritura tesistencial



Ahora, definitivo y cierto como puede ser una hipótesis de lectura, insisto en lo siguiente: hay autores que se acercan a nosotros, nos tocan, los invitamos a pasar a nuestra casa, a lo íntimo de la sábana, al sofá, comparten la copa de vino, la música que elegimos para dedicarnos a ellos. Y somos tan tétricos para ver esto como normal cuando la gente “verdadera” se queda en el umbral de nuestra puerta, en el borde de una sonrisa cordial. Tétricos porque preferimos la intimidad con alguien que no vemos pero que creemos ver. Los autores saben de nosotros porque no nos da vergüenza admitir nuestras flaquezas y complejos ante ellos mientras titubeamos sentimentalmente con el hombre real o la mujer real que se acerca y pregunta. Llamamos existencia a pocos modos de existir. Existir es hacer cohabitar nuestra mortalidad con la inmortalidad de la literatura.

Hombres y cosas



A veces confundo las cosas y creo que algunos hombres son literarios, me dejo llevar por las palabras. Las palabras y las cosas. Los hombres y los días. Algunos duran dos semanas, otros una noche, otros seis meses, dejan sus palabras como otros dejan un cepillo de dientes. Pensar que la intimidad es esto de dejar que otro me convenza. El amor es una cuestión de intercambio de discurso. Pienso en el discurso del otro. Me dejo llevar. Luego me doy cuenta que no tiene razón. Aunque la razón no importa. Pienso en María Zambrano. Entonces, el corazón. Pero es demasiado. Nadie sabe qué hacer con él a pesar de nombrarlo tanto. Quizá si lo nombramos sea. Como un acontecimiento. Hay hombres como libros. Algunos precisan de un prólogo para entenderlos o darles contexto. Otros tienen una halagadora cubierta de forros pero el contenido está lejano de ella. Hay otros, pocos, humildes pero hermosos en su simpleza. Son mis favoritos. Los que no presumen. Libros que hablan. Hombres que hablan. Tocan. Hacen llorar. Hacen reír y pensar. Hay quienes no nos dejan nada salvo la sensación de haber perdido el tiempo. Amo los libros. Algunos no prometen pero dan. Son más fieles en su humanidad ficticia. Tengo en las manos el objeto concreto de su historia.

Confundo los libros y los hombres. Tengo amigos que prefieren leer a hacer el amor. Leer es su manera de amar. Tengo muchos libros sin leer. No he leído ni la décima parte de lo que quiero leer. Tantos hombres allá fuera. Están solos en los bares, los hombres van en pareja al museo o al café. El amor es un discurso complejo. Un libro difícil. De final abierto. Posmoderno. Se requiere de un narrador omnisciente que venga y diga qué pasó cuando las cosas se rompan. El amor es un libro mal encuadernado. Hay hombres que hablan como si se les cayeran las hojas. Hay hombres que desgastan sus palabras en el primer capítulo. Hay hombres antiguos y valiosos que nunca salen del estante. Son maravillosos y nadie los conoce. Hay hombres vulgares, autosuficientes, sólo hablan de sí mismos y tienen dinero en el banco. Tienen poder de masas. Hay libros que se leen en el metro y otros en casa. El amor es un libro mal traducido sin notas al pie; el editor tenía con el autor un celo mal disfrazado.

Inquisiciones



No me considero una escritora. Escribir es una tarea que deriva de inquietudes y de búsquedas que no me acosan; por ejemplo, la belleza o el sentimiento abrumador de querer decir algo a costa de lo que sea, como un afán político, como un arrojarse al arte de contar si en ello va la vida. Últimamente no hago otra cosa que escribir. Pero lo hago como un simple ejercicio de boceto, que no se concreta y no me importa. Damos demasiada importancia a las tareas asignadas, a las ideas que compramos como objetos últimos y definitivos. Quizá deje de escribir por fin. Quizá la angustia sea un invento, un fantasma que acosa cuando uno se halla en la alegría, la angustia es una aguafiestas pero la más constante, la más avasalladora. Cosas de mi edad: tener empleo, estar cansado y casado, estar enfermo de algo, preocuparme de seguro médico, pagar la casa, procurar una familia, hacer carrera, estar en camino de algo importante, tener reconocimiento aunado al éxito tanto profesional como personal, ser una chica Cosmo; hacer yoga, ir a terapia, publicar en tantas revistas como sea posible, tener al menos dos libros publicados y tres premios importantes, ser una chica Cosmo mezclada con barbie Gandhi (la librería, no el hombre) y empezar disertaciones con frases como “lo que sucede al interior de la cultura contemporánea es...” lo que sucede es que nada de lo anterior me pasa. O las ideas preconcebidas están mal armadas o soy yo la que está fuera de lugar. Lo más probable es esto último. Me la paso en los cafés leyendo a hombres blancos centroeuropeos muertos o mujeres latinoamericanas también muertas; hablo hasta abrumar y creo en la ética de las relaciones interpersonales, creo en el otro pero hay veces que no quiero verlo. Vivo como de vacaciones cuando todos están en la escuela y tengo que esperar los fines de semana para verlos. No sé cómo es actuar de acuerdo a mi edad. No soy joven para reírme del futuro y no soy vieja para pensar que todo está perdido. Escribir para nadie. No estoy para nadie.

Escritura y feminismo



No me considero feminista pero sí acepto que mis temas de estudio son mujeres, escritoras latinoamericanas difuntas (q.e.p.d), una pregunta muy común es por qué. Antes decía que era porque son buenos escritores, sin género; con Clarice Lispector tengo la experiencia de proximidad, de atracción y negación, claro sus personajes son mujeres más que hombres y pueden ser cualesquiera que se refieran a sí mismos como un sujeto; con Clarice empecé una cuestión que no sabía bien a bien por dónde iba...

Se habla tanto de la literatura hecha por hombres o de los cánones femeninos dados por hombres que describen mujeres y que se convierten en estereotipos, que una vez respondí que por una cuestión de justicia aún si fuera minúscula. Pero no creo cabalmente en eso, lo de “rescatar” escrituras abandonadas por la justificación de su género. Con Clarice sigo pensando que sus cuestiones filosóficas y del devenir existencial responden a una problemática más acuciosa: la comunicación. Mientras con Arredondo voy teniendo otro encuentro, el goce de la culpa en la otredad. Arredondo es terrible, exime de responsabilidad a sus personajes femeninos. Quizá como una respuesta a una sociedad mexicana de medio siglo imbuida de valores morales absolutistas, quizá como una burla, quizá sólo es un juego de perversión. Mientras los hombres de esa misma generación situaban a la mujer en una categoría de búsqueda erótica, de la mujer que espera y ansía la conquista amorosa, Arredondo las pone a mitad de la calle quemando los ojos de los otros de deseo, mujeres conscientes de un cuerpo y un deseo tangible.

En Castellanos, por ejemplo, la escritura se convierte en un género violentado y humillado. Hay escritoras que escriben de mujeres y hombres creando espléndidos retratos de las problemáticas de su tiempo, uno deja de pensar en “estoy leyendo a una mujer”, pero hay escritoras que toman la escritura como reivindicación, saben del poder de la creación y lo usan, pero queda una escritura que reproduce esquemas. Hablar del mundo es una tarea de apreciación estética y de técnica, supongo, pero que convierta en lecturas de un solo lado no es sólo terrible sino injusto. Hay muchos ensayos sobre Arredondo hechos por hombres que la consideran feminista y a la vez una “reivindicadora” del deseo femenino.

Me gustan tanto escritores hombres como mujeres, pero éstas se han incorporado hace tan poco tiempo a una industria que también responde a cuestiones de mercado. No hay metáforas geniales sobre la fraternidad femenina como lo hay de la masculina, o novelas como la de Sándor Márai, *Embers*, que habla de la amistad entre hombres como un lazo indisoluble, de lealtad y de compañía. La comparación es absurda pero si lo pensamos bien no hay equivalentes literarios a la solidaridad entre mujeres, parece que el estereotipo de que las mujeres suelen destrozarse entre sí es más fuerte. Las grandes obras hechas por mujeres narran de vidas descubiertas, de nexos con ellas mismas. Pienso en *La mujer rota* de Beauvoir o *Una habitación propia* de la Woolf.

Semana santa



Puede ser que envejecer sea caer rendido de amor estúpido por una ciudad vacía en semana santa... puede ser que seamos menos tolerantes a tantas cosas pero también por ello mismo más comprensivos con las que no importan... puede ser que ir al súper, cocinar para los amigos, sentir el ánimo de la gente que se quedó este fin y que sonrío gratuitamente —como en ánimo navideño, ciertamente festivo—, puede ser que eso solo, sin mayores atributos, sea un bienestar de primavera... puede ser que las playas estén abarrotadas con cientos de bañistas semidesnudos y empapados en aceite, filetes antes de ser asados... pero la ciudad está calma y hay un sentir de contento que uno termina contagiándose... días hermosos estos de la penitencia...

Este mundo



Sostengo que este fin de siglo, que parece tan ávido de religión, está, en realidad, ávido de lo sagrado.

Julia Kristeva

Imagino pues que el mundo es también aquello que no vemos. Imagino que este mundo es aquello que no vemos. Imagino que este mundo imagina este mundo. Y no vemos. Imagino que este mundo no me ve cuando imagino. Lo sagrado en el umbral oscuro de una ciencia que ejerce la seducción ante los ojos. Los ojos no son todos los sentidos pero sí son los más manipulables y frágiles. La voluntad de la vista se encierra en el armario de la credulidad. No soy eurofílica, quizá lo fuera si América no tuviera esta fuerza visual en cada pliegue aún doloroso y miserable. No por llamar nuestra la miseria se vuelve más importante que las otras, o por llamar nacionalismos perdidos en afanes de conceptos e identidades. América conmueve porque es joven y los jóvenes tardan en formarse como personas, tardan en completar su espíritu... No hay conceptos como nuestro y ajeno, no los hay, son apreciaciones de ópticas espacio-temporales, hay sin embargo una afinidad con los lugares y podemos ir muy lejos muchos años sin sentir que estamos en casa. ¿A final de cuentas qué es la casa? No creo que sea el país la casa sino el lugar de la invención más cercana a nuestra propia construcción. La casa también es la lengua que hablamos en los sueños. El lenguaje particular que nos sale en la rabia y en las maldiciones. El lenguaje imaginario entre los amantes también es la casa. Imagino este mundo que vemos.

Historia familiar



La historia familiar está en un paquete de fotos dividido en dos: uno para mi hermano y otro para mí. Hay fotos que recuerdo pero no poseo, pero está ahí la confianza de que mi hermano tiene la foto que extraño. Trozos de infancia, de padres, de idas al mar, de gente común partida en dos: no el presente ni el pasado, no las buenas y las malas historias, sino los trozos que él construye y los que yo construyo a partir de cada mitad de la historia. Había una vez dos padres, dos hijos, luego no había nada. Cuatro unidades dispersas reuniendo las orillas de papeles a ver si juntos significan aún. Isis, cuenta la leyenda, viajó por todo Egipto para reunir los trozos del cuerpo de su hermano-esposo Osiris que había sido asesinado por otro hermano. Isis buscó sus partes bajo los árboles, en el desierto, en pueblos hostiles hasta que logró reunirlos y darle vida por una noche. A partir de entonces Osiris se volvió la deidad de la vida y de la muerte. Admitir que uno es recolector de pedazos de vida, una foto, una palabra, un nombre. La historia personal es sólo una invención retardada en sus últimos detalles, inacabada siempre, desmentida por familiares cercanos y vuelta a construir cuando todo se olvida y quedan fotos borrosas, incompletas, insulares.

Historia común



Este hombre que es como cualquier otro, como tú o como yo —podría ser—, camina entre la gente, ajeno a sus heridas, su cuerpo está hecho trizas y derrama la sangre a cada paso. Camina como si nada, como si le diera igual caminar en un parque que por una obra en construcción.

Llega por fin a una iglesia. Al punto del desmayo y de morir desangrado él cree que es una revelación lo que ve. En el borde de su sangre acumulada comprende que el objeto que late tímidamente es un corazón imperturbable. El suyo. O el que podría ser el tuyo o mío, porque los corazones se salen al menor descuido, pero no son limpios en sus paseos.

Este hombre no muere porque no sabe darle a la muerte sus nombres ideales. Y, si no sabe despedirse, la muerte lo deja un poco más. A ver si el tiempo extra lo enseña a nombrar las cosas simples, las cosas dulces, las cosas indecibles.

La iglesia puede ser un buen sitio para morir, creo, es fresca cuando hace calor y protege del frío y de las multitudes. No hay que ser creyente para apreciar la fe en sus paredes, en las velas titilantes, en la voz del cura que repite la misma clase desde el inicio de su escuela...

1 de mayo



Hoy es primero de mayo, día para pensar en las condiciones laborales del mundo y no en frivolidades.

No es momento de pensar en los objetos perdidos.

Los dientes de Dios asustan. Están puestos en la superficie de las cosas. Como un perro que no suelta el trozo de carne.

Hay una rabia allá afuera que no entiendo. La violencia en los conductores va en aumento.

Quizá el cambio climático. La contaminación que no cesa. Escribir, lo sé, no sirve de nada. Más valdría dejar este lugar inventado y salir a la calle con una pancarta en contra de la explotación obrera.

Hay un ancla abajo de mi silla, un ancla vudú.

Nadie está disponible hoy para comer. Llamé a tres personas. Ahí está la orilla del gran mundo: tres personas.

Si Dios tuviera tele qué vería: ¿las noticias o las series policíacas?, lo imagino adicto a las telenovelas más insulsas. Dios es un personaje arisco y mal logrado de un escritor latinoamericano con mayor ambición que talento. Un escritor cuyo nombre está en todas partes.

La frivolidad de subir de peso. No tener crema con protección solar. No tomar suficientes antioxidantes.

La comida chatarra ya trae vitaminas y minerales. Eso demuestra lo civilizados que estamos. O los crímenes que no sean pasionales sino de canibalismo. Eso nos dirige al primer mundo. Un poeta que mata a su novia, se la come en trozos y luego se mata en la cárcel por el dolor o la culpa o la costumbre del melodrama.

Hay demasiada gente en la ciudad. No hay quien resista. Las cuerdas de la cordura están hechas con fibras de mala calidad.

La memoria histórica es un acto ceremonioso tres días al año, incluyendo el aniversario de una matanza estudiantil. Afuera una rabia que no entiendo.

Hay veces que me dicen señora. No me molesta. Debería cuidar mi piel, empezarán las manchas primero y luego me volveré una foto vieja. Los helechos son el material generoso que cubre la casa de verde. No pienso en helechos, pienso en un verde continuo en el muro. Las lagartijas salen cuando hace calor.

El cambio climático no es una estrategia gubernamental. Hay que ahorrar energía. El primer mundo la necesita para desperdiciarla.

Qué podemos hacer para que no haya filas ni formatos ni palabras con f. Pero veo las uñas y están hechas un desastre. Terribles. No tengo la costumbre de lavar los platos con guantes. Yo tenía una casa. Un objeto perdido. Un objeto del deseo. Un hombre me esperaba. Un objeto de la imaginación. El sujeto es un objeto. Simple. Las plantas crecen en la oscuridad. Si me despertara a media noche podría verlas estirarse. Orgullosas en su clorofila industrializada.

Dios es un canalla. Un cacique salido de la literatura del boom. El general en su laberinto. En su otoño de patriarca. Él, el supremo. Pero Dios es una invención literaria. Es dios. Me caen bien los mayas que no conocí, tenían un dios para todo. Pienso que es difícil encontrar un lápiz labial que sea indeleble y a la vez humectante. La culpa la tiene Cosmo. El dios de las mujeres acomplexadas. Envueltas en sedas impagables y ojos seductores las mujeres de esa revista me acusan de incompetente. No puedo conmigo. Hace años que no compro ropa.

Se me ocurre que la literatura europea cuida los adjetivos como si fueran joyas y las metieran en la caja fuerte de un hotel elegante. Los latinoamericanos escriben como si sólo pudieran hacer un libro, que lo diga todo de todas las maneras posibles. La narrativa europea es un hombre vestido de traje en un anuncio de perfume. La narrativa latinoamericana es un joven imprudente de un anuncio de motocicletas. Aunque no soy nadie para opinar, esa es mi opinión.

A veces puedo verme desde afuera y no me considero inteligente. Parece que todos progresan. Ir al súper y comprar un nuevo shampoo. No resisto *Sex and the City*, el personaje principal es una candycandy de New York. Tiene el encanto de narrar un Manhattan que centre el mundo de lujo y esplendor que deberíamos querer. Se supone. No es para mujeres que sólo usan un shampoo y no se cuidan las manos ni la piel.

Ser consciente que no soy Cosmo. Ni modo. La libertad es difícil. Luego qué hacer con ella. Podemos hacer lo que sea y terminamos haciendo lo mismo. Sobrevaloramos conceptos.

Mañana será otro día, dice Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, después que su plantación de algodón se incendiara y perdiera a Clark Gable... en Austria, en el primer mundo, los vecinos de un hombre normal están sorprendidos al saber que tenía en el sótano a una hija de la que abusaba... algunas personas cometen crímenes por simple aburrimiento. Eso es lo fatal del capitalismo. Crímenes burgueses. La calma del dinero.

O quizá no, quizá tiene que ver con la agonía y la soledad de las sociedades industrializadas de la posguerra. Cualquier periodo es posguerra. Hay cinco generaciones que no conocen la posguerra en Colombia. Pero está en vías de industrialización. Y sus diseñadores están en *Vogue*.

Los que habitan



Noches en que uno no debería llegar a su casa y encender el televisor unos minutos antes de dormir... uno debería tener el derecho de salir de sí y habitar de otra forma, por unas horas al menos; la película *¿Quieres ser John Malkovich?* era la exploración de este deseo... tomar vacaciones de uno mismo y ya no Malkovich sino cualquiera: el carnicero, la peluquera, la vecina, la vendedora de frutas... unos minutos; habitar otros dilemas... ah sí, claro, para eso están los libros. La libertad es difícil, escribe Levinas... vivir con responsabilidad... vivir con pasión por vivir. Uno se equivoca tantas veces. ¿Qué podemos cambiar? ¿Cómo alcanzamos la condición humana cuando una y otra vez nos arrojamus al otro como si eso fuera darnos? ¿Cómo entender que ser generoso es también permitirnos la reserva? En esta contención del dar está el darnos. Si yo soy tantos a la vez, si tantos me habitan hay muchos que se pelean entre sí: mi comunidad es equívoca y extranjera, mis acciones por ende son las acciones de la indecisión y de la torpeza. Aprender a vivir es una interacción compleja, de interpretación. Entre los que nos habitan hay problemas de signos y de preguntas estúpidas. La habilidad motriz, la mente que aterriza —o intenta— el complejo de símbolos que llegan, la boca que decimos nuestra, las manos que tocan al otro y creemos en una intimidad ficticia, el dominio que inventamos en el núcleo de amistades y conocidos, el dominio también es una ficción. Es difícil admitir que la soledad es ridícula y nos inventamos los aparatos para que su silencio no moleste. La soledad no es ridícula, la soledad es un estadio de ánimos distintos: la soledad que uno agradece porque se está bien, porque hay reconciliaciones momentáneas entre *los* que nos habitan y el mundo (como lo entendemos: dos, tres tareas en el día, dos, tres personas alrededor, etc.) hace un *click* casi inaudible y damos gracias. Esta soledad podría ser ideal, realizable; pero hay tantas otras: está la soledad que hace preguntas incómodas, la soledad que refriega en uno cada detalle de las escenas bochornosas, la soledad de nuestro pudor y de las cosas que uno sólo se atreve a hacer cuando sabemos que estamos solos; la soledad que nos alcanza en un afán de vida y que deriva en circunstancias cerradas: es cuando alguien nos llama y sentimos que regresamos de un lugar lejano y querido; hay una soledad peligrosa: el mundo parece

insostenible y caótico, nada hace sentido, las lecturas están distorsionadas y la mente divaga en una angustia frenética, como un estado de euforia, así de intensa es y somos capaces mientras estamos en ella de hacer cosas irrevocables. El desafío es habitarlos y aceptar a *los*. No la aceptación de la resignación, tan cercana a la compasión católica, sino la aceptación de la diferencia que nos habita. No hay que mirar al exterior cuando el ser humano tiene tantos en sí mismo. Por eso es difícil relacionarse, vamos luchando poco a poco porque vamos conociendo, explorando, lamentando a *los* que nos viven, que nos son. El escritor es un claro ejemplo de la representación: el trabajo creativo permite —con excusa y sin remordimiento quizá—, hacer hablar a tantos, a pensar en tantos, a trabajar con ellos. La literatura está llena de tantos otros que nadie pensaría en la unanimidad de caracteres, de estructuras, de formas del espíritu. Para vivir con una ética hacia el otro se tendría que comenzar por la reconciliación de uno. No es la masa que nos rodea lo que hace al mundo, es la genuina relación que podamos establecer de uno con uno, que, como ya dije, está lleno de muchos. A veces nos extrañamos —para bien o para mal— de nuestras propias palabras, de las cosas que hacemos, de los sueños, de las capacidades o habilidades que tenemos, y cuesta trabajo aceptar que estamos lidiando con el acontecimiento de nuestra propia realidad. La carga afectiva, genética, cultural que nos cohesiona y nos lleva a intentar salir para compartir o socializar es tan complicada, que no aceptamos el fracaso cuando no sucede la idea preconcebida de la armonía. Creemos por un lado que somos geniales y que los demás son estúpidos si no se dan cuenta de inmediato de nuestra genialidad, no soportamos el rechazo. Si la idea que tenemos de nosotros depende en cada pequeña acción de la aprobación exterior, el asunto se complica de mayor manera. O creemos en cambio que somos tan poca cosa (así decimos, reducimos el ser a un objeto sin nombre: somos una cosa) que cómo es posible que quieran relacionarse con nosotros, cómo no se dan cuenta de que lo que hacemos y decimos no tiene sentido. Nuestro concepto de la identidad es variable: en un grupo festejamos, cortejamos, agredimos, contamos bromas y al movernos de grupo cambiamos de maneras de ser; cómo no entrar en conflicto cuando entre nuestros propios roles inventados los agitamos de espacio y situación dramática... le dejamos al otro, al de afuera, la gran responsabilidad de definirnos; en la adolescencia es natural preguntarle a alguien qué piensa de nosotros, si esto lo hacemos en la adultez nos miran como si fuéramos hambrientos de aprobación pero el ejercicio es igual de válido: el otro nos mira y nos interpreta.

El amor es uno de los constructos sociales donde se está permitido el reconocimiento de la identidad: la definición de amar a alguien se da por la manera en que percibimos el ser; en la esfera creada de expectativas, idealizaciones, características, podemos alimentarla y hacer que perdure o se desgaste a medida que la vamos modificando o llenando de nuevas significaciones. Uno es un lugar habitado de muchas maneras. El hombre puede vivir toda su vida sin llegar a conocer *los* que lo habitan, o no interesarse por ellos, o dejarlos hacer lo que les plazca. Uno es una casa de locos, con habitaciones y áreas verdes, un bar y un patio para tomar el sol. Es normal que un día cualquiera no tengamos la menor idea de quién somos, ni de qué queremos. Es normal estar sujeto a la indecisión y la angustia que viene de fuera, todos parecen esperar algo de nosotros y no sabemos qué es, es normal equivocarse al intentar corresponder. Queremos tanto que nos quieran que es

normal desviar el ritmo y la forma de nuestra propia querencia. Decir que algunas noches no queremos, nos negamos fervientemente, lo aceptamos en nuestra mayor debilidad normalizada, a dormir solos.

La poesía y las uvas



La poesía suprema es un lecho de plumas. La poesía toda, la universal, reunida como uvas en un racimo interminable. Cada bocado es necesario, imprescindible. Las uvas no caben en la mesa y ocupan la habitación, la estancia, se trepan por las paredes, humedecen con su savia púrpura las alfombras de la casa, las manos de los invitados. Entonces los poetas salen a las calles turbias a buscar otras metáforas más agrestes, morenas y rubias, alegorías desnudas, analogías de los tiempos grises de la incertidumbre. Se alejan de la casa púrpura, de los racimos selectos, de las palabras dichas en cafés intermitentes por dolientes y solitarios seres, se alejan de los suicidas y alcohólicos; ahora importa lo que no se dice y hablan de una poesía de la sospecha, del silencio, de la mirada en celo. Ahora se trata, dicen, de lo notorio del gusto, de la propiedad del lenguaje, de la gloria de las palabras que no acompañan noches febriles pero los caminos a los puentes... puentes que no van a ninguna parte y hay un río abajo que se escucha en la noche como un animal impaciente. Su aliento envuelve y promete un descanso rítmico, pronunciado en furia pero suave como un lecho de plumas original, virgen en su promesa recién arrancada. Pero es un río de los viejos tiempos. Los poetas jóvenes tienen recelo de la noche. Sus versos son diurnos y surgen en el metro, en la fonda elemental, surgen de la muchacha arisca que aman, del amor infranqueable. Los poetas están a salvo.

Felicidad como rendición



¿La felicidad será una aceptación del orden tal cual y se aparece a nuestro estado simbólico, económico, espiritual? ¿Será pues una rendición al no poder cambiar las cosas? ¿El proyecto patético de decir no hay más qué hacer? Un cruzarse de brazos y sonreír porque ya está todo marcado y el hombre es débil y su voluntad también... sería una visión determinista pensar que no importa lo que hagamos ya que está todo enraizado en las costumbres de la burocracia, del sinsentido y de la agresión urbana... pero uno sólo conoce un fragmento mínimo de su país, una mínima cuota de su lengua nacional y una visión minimizada ante al trabajo colectivo. No sabemos trabajar ni solos ni en equipo, hacemos lo que podemos pero con la guardia alzada. A gran o menor medida todos se quejan de alguien en su trabajo, de una persona o varias que hacen las cosas más simples un campo de batalla... Suena tan tonto, las pequeñas guerras de las oficinas, las escuelas, las peluquerías, los restaurantes, pero si las sumamos todas pueden dar una idea de las catástrofes... La felicidad es un ejercicio de lectura. Uno debería hacer lo que está a su alcance, en la medida de lo posible formar su propio hábitat de placer, un placer y una felicidad que sea también responsable. Que no se dé a costo de otro; una felicidad integral: el agrado del ser en su ipseidad, el conocimiento y la asertividad de ese conocer, de ese dar, de comprender el uno para llegar al otro.

La invención de la casa



Los hábitos nos forman, nos hacen la idea de que formamos parte de la realidad, de que hacemos tierra con la repetición sistemática de los lugares, personas y actos, la música para escribir, la copa de vino cuando llueve, la cerveza con los amigos en lugares donde los meseros nos saludan de mano... Ante el desarraigo la invención de lazos es fundamental.

La angustia



Antes que yo me despierte la angustia ya está lavando los trastes, prendiendo la radio, haciendo café... abro los ojos y la veo ahí sentada en la cama mirándome fijamente, como si no tuviera nada que ver con mi dolor de estómago.

La angustia malgasta sus estancias en mi casa, debería de ir con personas importantes que hacen tres o cuatro cosas en el día, que atraviesan la ciudad, que tienen deudas, hijos adolescentes, éxitos a granel, que tienen empleos donde el reto es el pan de cada día... y no quedarse a mirarme mientras estoy frente a la computadora todo el día, y aún en mis ratos de ocio (sin la computadora) se atreve a pegarse como la insoportable que es, como alguien que no tolera el abandono.

Me sigue al cine, a ver a mis amigos, no habla y no le interesa conocer nada nuevo, es como un novio malhumorado: se conforma con arruinarme las veladas, con recordarme su presencia absurda. A veces quiero encontrarla por sorpresa y darle el golpe fulminante para que se vaya, pero es ella la que me encuentra antes y su golpe siempre acierta el estómago.

Tarea de cronistas



El periódico trae un encuentro de sangre en su primera página. El fotoperiodista encuentra el ángulo donde sólo se ve el reloj en la mano ensangrentada de un hombre en el suelo.

Estereotipos



Hay hombres que usan sandalias y barba. Hay hombres que no saben lo que son, esos son mis consentidos; están los que parecen salidos de la cama un domingo para comprar el periódico. Hay hombres que no se preocupan cuando cumplen años y viven en un tiempo ininterrumpido. Hay hombres que sin ansiedad no pueden vivir. Están también los que no se dejan ver porque ahora es el tiempo del éxito y la acumulación... o los que no se sabe si tienen veinticinco o treinta y ocho porque la vida les ha sido fácil y no se ven los años en la cara.

(Los hombres de mi generación no sé donde están... pero veo desde lejos que construyen un puente o un barco para irse).

Desvaríos



I

Enamorarse es significar de otro modo, aceptar la decadencia de una hoja que se dobla, que anuncia palabras dichas mil veces por otras voces; aceptar la pérdida de centro y de los sentidos, ser cuerpo atento a un solo elemento, objeto de la atención amorosa, pasional, grácil. Perdemos, perdemos, porque no hay interés en ganar, perdemos porque ya decir amor es rendirse a una absurda derrota.

II

Creo que la razón por la que la literatura latinoamericana trasciende como identidad y forma no es por su calidad, que es mucha, ni por sus contenidos o estilos, que nadie pondrá en duda, sino por una cualidad particular: la temperatura. Hace calor, mucho calor en esos cuentos, en esas largas novelas de los años sesenta, y supongo que eso también está ligado en dónde se lee (perspectiva), porque nadie extraña el calor hasta que se aleja de él... un poco como el estado de la felicidad, sólo importa hasta que se desvanece o queda en el día de ayer, que es lo mismo. Estar habitando siempre un cuento de García Márquez es muy desgastante, sudar todo el tiempo, no dar gracias por el sol inclemente, vivir en lugares militarizados como la condición de lo natural, los güachos —como les llamamos en Guerrero a los militares— forman parte del paisaje, y lo que es más terrible, a la gente le parece normal que revisen los autos en la carretera, que paren a discreción a quien vean sospechoso, que las rencillas se arreglen con armas y los ritos funerarios no sean idílicos ni hablen de matriarcados perdidos, sino de una miseria más burda, más aprendida, más brutal porque no se pone en duda, como el calor...

Puedo entender perfectamente que mi madre deteste a García Márquez, nada de lo que ha escrito le sorprende y ella que no sabe del boom o de la importancia de un Nobel literario quiere que la distraigan y la hagan pensar en otra realidad posible, ahí es cuando entiendo su pasión por los cuentos europeos que hablan de la nieve que no conoce y de niños que tiritan por el frío.

Mientras, estas palmeras salvajes se ondean a los treinta y cuatro grados inclementes, se puede ver literalmente el vapor en las aceras, la gente agotada sólo por vivir y respirar, es comprensible también que en un clima así no se den mucho a la filosofía.

El alcohol y la nostalgia



Hay una relación tan próxima entre el alcohol y el extrañar que entiendo perfectamente los miles de seres que se anestesian voluntariamente para ello: o concentrarse tanto para recordar los detalles, las formas, la música que acompaña nuestra foto descolorida llamada él o ella, o simplemente tratar de que el recuerdo duela menos. *Love is a smoke raised with the fume of sighs*, William, es tan cierto... que los suspiros todos pudieran acercarnos y volvernos visibles. Hay que salir y buscar si no el amor, lo más cercano, lo más bestial, lo más humano, pero salir al fin, arriesgarnos, porque es mejor un corazón roto que uno endurecido. Alzo la copa y brindo por mi poeta persa, el más ebrio de todos, aunque hay mucho material para discutir esto. Hoy saldré a caminar, hoy, que la ciudad amaneció gris.

Sábado



Helena no sabe qué pasaba por su mente el día que decide el suicidio. Era sábado y llovía porque el mundo cayó encima con toda su agua, con todas las ganas del agua... torrente, y ella no sabe cómo caminar en el agua. No sabe cómo caminar. Sólo que tenía que llegar a algún lugar, pero lo olvidó. Olvidó como se olvidan las cosas que no merecen importancia. Como cuando uno anda triste y no sabe qué pasó específicamente, qué ocasionó la tristeza: si la mañana nublada, si el señor malhumorado del puesto de verduras, si este país tan necesitado de todo, de costumbre perniciosa, de tanto, tanto que no hay catálogo posible... Nada podrá empezar con érase una y otra, y otra vez... vaya con el mundo en un sábado común, de ruido y mercado, de frutas expuestas con toda su desvergüenza, con toda su madurez, con la atmósfera de animales muertos para bienestar de los vivos, un enorme caudal de trámites breves para la subvención del que sobrevive.

Entonces, como si no supiera nada avanzó hacia la multitud, en espera, siempre en espera, nada que la toque mientras logra avanzar entre gritos y empujones; sábado de familias compartiendo el día, decidiendo las pequeñas cosas que llevarían a casa y usarían para su felicidad. ¿Es tan fácil, pensó? ¿Sólo así: tomo y llevo, uso y compro, y tiro y vuelvo a comprar? ¿No hay nada más? Nada que quede para iluminar los ojos de esta niña pequeña que vuelvo a ser y que me ilumine la gracia. La inerte felicidad del vivir sin pensar en ello, así como andamos y compramos en un mercado sabatino andamos sin fijarnos nunca en las sutiles, imperceptibles decisiones, y nos toca la vida de lejos y parece que no pasa por nosotros y parece que no pasa nunca. Y yo sólo soy una borrosa estampa del deseo, sólo para mí tiene constancia la muerte, sólo ella con su permanente aliento, siempre a la izquierda, siempre acompañante... la muerte que se asemeja a un pájaro. Porque sólo los pájaros anuncian los milagros cuando están en tierra, pero nadie los ve. No bajan así porque sí, tienen el cometido de la anunciación venturosa sólo para algunos, para que el día tenga un instante de luz, y nosotros pasamos de largo. Acabo de ver un pájaro muerto en la acera, tiene sangre seca en sus alas postradas, y lo miré como se miran las cosas de los museos, como un objeto creado para el que cree admirar el arte. La obra artística de un

pájaro muerto de manera circunstancial es para algunos motivo de desmerecimiento, pero sólo un niño se conmueve de veras porque lo miró alzarse en vuelo antes... no a este pájaro en particular, sino al pájaro que es todos los pájaros y toda su especie diversa se comprende en un solo ejemplar.

Paso de largo, avanzo otra vez, y una señora con toda su miseria se acerca a mí, y no puedo evitar el chantaje de su ceguera, la piedad de los que no ven tienen sobre nosotros la terrible angustia de querer transformar algo en nosotros, para no ser nunca más los mismos. Sólo cuando dejamos que estos ciegos de la calle indigente se acerquen y nos toquen, nos hacen sentir parte de la culpa. Ellos no ven el sol ni la tarde, tal vez olvidaron los rasgos de los seres que más los quisieron y viven inmersos en la penumbra y el recuerdo. Pensamos en imágenes, pues ellos están aquí para no dejar que olvidemos que nos puede suceder a nosotros, los limpios del alma, los técnicamente imperecederos del espíritu. ¿Qué es eso ahora que asoma a la garganta y no nos deja respirar? ¿Qué es esto que invade desde las puntas de los dedos de los pies hasta el borde de mis cabellos? ¿Qué esta imprecisa angustia agotándome sin fin, en el espacio restante entre mi nuca y la espalda? ¿Será el deseo de no ser nunca más la misma? ¿Será la vida que viene con toda su finitud a anunciarme su fácil retirada? ¿Será el borde de tus ojos cuando miran sin mirarme? ¿Qué rodea esta mano cuando escribo y no sé si haya alguien del otro lado? Cuando escribo y sé que no lo hago bien, pero sé que si no lo hago no sucederá la breve felicidad de mí para conmigo, la tenue satisfacción de verme otra cuando escribo. De ser otra cuando ya no aguanto ser yo. Sí, sé que tú que lees estás ahí por mí, y para mí, lo curioso es que también partes de mí, como una extensión corporal, como el alargamiento del índice de mi mano derecha, con el dedo que tecleo en este instante esta palabra.

Y yo puedo ser también yo. Me desplazo, me multiplico y soy varias yo posibles, soy esta imagen de mí cuando doy la vuelta y hay otro paraguas igual al mío en la calle. Y volteo otra vez y ya no está. Pienso que tal vez nunca estuvo ahí, en la lluvia repentina de este sábado eufórico, histérico, radiante en rutinas familiares. Queda un soplo de la divinidad oculta en tu rostro que recuerdo amable, en despedida. Queda este silencio de los que ya no tienen nada que decir, este callejón olvidado y donde no transita nadie, esta pena sin remitente puesta sobre un sobre blanco, con tinta azul.

Me convierto en la lluvia que va por mi rostro y recuerdo ahora, sólo en este instante, a dónde tengo que ir. Los pasos avanzan seguros, independientes de mí, ajenos a mi voluntad. Soy yo toda agua, pez vestido de algodón color lila, perdido fuera del mar, pero también perdido dentro de él. Él mismo es el mar. Yo soy el mar que circunda en agua dulce cuando decide caerse de golpe del cielo. Azul el uno y el otro, espejo contemplándose a sí mismo. Espejo con borde de plata. Multiplicado en esta alma náufraga, opaca, moviéndose ahora sí, segura. Convencida de que el camino me llevará. Si no se sabe dónde, entonces no importa para dónde vaya, pero yo no sé y mis pasos sí. Qué conciencia hay del mundo que las piernas responden lo que la mente se niega a reconocer. Los sábados felices no serán para mí.

El mar entero se desborda hoy por mi rostro. Agua salada de ojos y continentes. Tan sólo porque uno está triste y no hay salvación posible, no hay. Entonces el mundo es una

enorme pelota que da vueltas y vueltas... sin saber dónde nos llevará. Y yo quiero ser llevada en alto intento por no ser yo.

Mira, estas manos ya no pertenecen al cuerpo que creí propio, estas manos viven fuera de mí y se desgarran, y se mueren por tocar otras superficies, otras capas del mundo que no sea yo. O tú incluso. Sí, con tus cándidos ojos llegas de mañana y crees que no pasa nada. Quién soy para acompañar tu pérdida si lo que has perdido es lo que quedaba de mí, y yo no me reconozco más. No soy más que esta agua constante, fuente de piedra, no soy más que este moho de mis paredes. Hace millones de años el mundo empezó con las mínimas partículas del agua, y quedamos en el vestigio de formar parte de ese lento proceso de recreación, de bichos acuáticos. Somos al final de esta historia gusanos evolucionados del mar. Ahora llego, por fin. El agua puede sacudirse para regresar a su fuente, abandona mi cuerpo como si nunca lo hubiera poseído siquiera, hasta ella me desconoce y me abandona, infiel, a la sequedad de un tal vez, a la deshidratación del corazón de un sábado perfecto.

Asuntos del alma



He pensado seriamente en asuntos serios del alma: he considerado los últimos acontecimientos, los pocos espasmos de un sueño ya vivido, de un déjà vu anunciado. He decidido, sin mayores aspavientos, no hacer caso a las premoniciones. Hubo un sueño con la casa de la infancia convertida en prisión, ahí alternaban personas del presente y del pasado y otras que nunca he visto, quizá pertenezcan al futuro, todas pasaban frente a un hombre que era un brujo o mago, y que tenía la habilidad de saber todo de las personas sin que éstas hablaran, era como un lector de almas. Veía a una amiga y le decía sus secretos más oscuros, los que había enterrado bajo tierra para no pensarlos más, él sabía todo de nosotros. No era la reclusión de un campo nazi que despoje de lengua y contacto solidario como castigo, era algo atroz el ponerse en frente de los ojos castigados y contarle su vida como una sucia página de un libro en la basura: las humillaciones, las malas acciones, los malos pensamientos, todo era dicho en la voz alta de este hombre inevitable, al que nada perturbaba. Algunos, para escapar, se aventaban de los muros de la que fue mi casa y que estaba rodeada de mar. Mi casa era una isla y una prisión. La puerta estaba sellada y el suicidio era el único modo de escapar, pero también había otra cuestión: el mago de almas se adelantaba a los suicidas y les ponía entonces cadenas de hierro en los pies. Mi casa era un purgatorio de almas en pena. Era un sueño azul y gris. Cuando el brujo fue destruido explotó y quedó en la mano de su ejecutor un pedazo de plástico, blanco y pequeño como un globo extinguido. Su ejecutor dijo que había que quemar incluso el plástico porque los hombres están hechos de ese material.

Sabiduría



A mis treinta y dos años puedo decir que he aprendido cosas profundas y sabias, y como no me llega la edad —aún— para egoísmos, puedo compartir lo que me costó tanto, tanto, aprender: 1) cuesta mucho trabajo desprenderse de alguien; 2) cuesta más trabajo desprenderse de unas mechas rubias.

Árboles y aceras



He visto árboles que rompen el concreto de las aceras, exhibiendo desnudas raíces y no llegan alto, son pequeños y fuertes, como el amor rencoroso. No tienen orgullo, se han humillado en casa y se quedan ahí, con minúsculas venganzas a los peatones que tropiezan cuando no ven sus raíces que hacen olas en el camino.

Amistad



La amistad es una de las invenciones más necesarias y quizá por ello, la más frágil. Entender con un simple parpadeo lo que el otro dice, oculta o ríe, entender y callar. O reír porque sí, porque algo recuerda otra cosa, la comunidad de las frases y los gestos, la risa que sólo entienden dos. Duele más la traición o el abandono del amigo que del amante, porque éste es fugaz y no sabemos conjugar el futuro. La amistad es una construcción del espíritu. Pero hay quienes no saben de ella, no son responsables del amor del otro, no protegen su parte de la entrega; fingen que se dan y en la charada está su propio juego descubierto. Los amigos son el piso que uno se inventa para hacer tierra.

Ciudad



Cómo habla de una ciudad el hecho de que exista un transporte público sólo para mujeres. Todavía hay advertencias en el metro de no escupir. En las horas pico hay policías arreando gente como en la Capilla Sixtina. Igualito. Incluso con el *avanti avanti...* En las horas pico las mujeres se separan de los hombres. La ciudad está al borde de algo. Hay una histeria palpable. Los límites de la tolerancia están siendo flanqueados. La gente se estaciona en segunda fila. Hay personas que conducen con música tan fuerte que el auto vibra. Cómo habla de una ciudad una campaña en el transporte público que advierta sobre toquetear mujeres. Esta ciudad es muchas. Y es otra completamente después de las once de la noche, los espacios públicos son masculinos.

En la ciudad idealizamos todo lugar donde los autos se detienen ante los peatones. ¿Qué hace falta para cohabitar de mejor manera? La ley es algo abstracto. Uno, si la infringe, se enfrenta a un representante inocuo. Nadie hace nada cuando alguien hace algo. Los extranjeros aman el desorden llamado latinoamericano: el caos, la fatalidad de la burocracia, el hecho de que las cosas funcionan de otra manera, la atmósfera de que vivimos antes que el mundo se vaya al carajo; pero aman esto cuando vacacionan, cuando viven acá se convierten en unas entidades de la queja y la incompreensión. La analogía con el primer mundo —así vengan de un pueblo desierto— se vuelve su único tema de conversación. Les damos la razón. La burocracia es estúpida. Pero explicar todo lo demás en afanes de idiosincrasias es más complejo. Ya no lo intento.

Neuróticos anónimos



¿Sufre de estrés, nerviosismo, soledad, depresión, angustia, celos, ansiedad? 1.- ¿Es Ud. supersensible? 2.- ¿Le gusta conmisersarse? 3.- ¿Trata siempre de justificarse o defenderse? 4.- ¿Padece de ansiedad en ciertos momentos? 5.- ¿Es usted excesivamente autoconsciente? (cree que todo mundo lo observa) 6.- ¿Es celoso y desconfiado? 7 - ¿Le gusta criticar? 8.- ¿Exagera pequeños problemas? 9.- ¿Tiende a exagerar sus estados de optimismo y depresión? 10.- ¿Sufre de disturbios sexuales? 11.- ¿Vive disgustado con todo mundo? 12.- ¿Ha perdido sus ambiciones de superación? 13.- ¿Pierde empleos? 14.- ¿Tiende a ser ordenado en exceso? 15.- ¿Es usted desordenado? 16.- ¿Miente sin necesidad? 17.- ¿Es Ud. supersticioso? 18.- ¿Hace cosas que considera tontas? 19.- ¿Padece alguna compulsión? (ver debajo de la cama temiendo haya algo, lavarse las manos exageradamente, ver si la puerta del automóvil o alguna otra estén bien cerradas) 20.- ¿Adolece de miedo a alguna cosa? (oscuridad, altura, enfermedades, etc.) 21.- ¿Se enoja con facilidad? 22.- ¿Tiene dificultad para concentrarse? 23.- ¿Padece insomnio? 24.- ¿Padece de dolores de cabeza con frecuencia? 25.- ¿Se queda dormido cuando No debe? 26.- ¿Padece de enfermedades que el médico No logra descubrir? Acuda a las reuniones de N. A.

Mis favoritas son las 10, la 12 y la 26. Tengo que ir a una de esas sesiones. A ver si me curan de una vez por todas y para siempre de mi humanidad.

Este es un gato



Este es un gato. Pero no me gustan los gatos. Así que digo este es un perro. Viene todo entusiasta agitando la cola ante la proximidad del amo. Si fuera un gato lo miraría desde el borde del sofá con indiferencia y desdén. Los amantes de los gatos llaman a eso el maravilloso mundo de la independencia. Por eso prefiero los perros, hay algo de bondad en su entrega, algo primitivo porque reconocen que necesitan del otro. Los gatos además no suelen ir a la playa a cachar la pelota. Tampoco son guardianes, mas bien son una especie de acompañantes que sólo cuando tienen hambre se escurren a las caricias.

Pero yo tuve un gato y jamás un perro. El día que lo mataron otros gatos a golpes fue uno de los más devastadores de la infancia. Mi hermano y yo nos peleábamos por nombrarlo e inventábamos los nombres más curiosos, hasta que ganó la nana a nuestras espaldas y el gato respondía al nombre de Güicho... tomaba leche fría y rebanadas de jamón. Era la envidia de la calle, hasta que le dieron la última lección de clase: después de varias palizas llegó la verdadera, la que tenía en su noche su último aliento. Mi hermano y yo lo vimos morir sin que pudiéramos hacer nada, salvo ofrecer las viandas para que llegara al otro mundo —donde los egipcios juran que van los gatos— bien alimentado. Comprendimos que la vida de uno está en juego también cuando afecta —lo quiera o no— la vida de los otros. Comprendimos que la protección es algo frágil: en la noche, el gato vivía a expensas de las invasiones; sabíamos que no podíamos encerrarlo porque eso era un atentado a su misma naturaleza gatuna, pero su libertad, ah, su libertad acabó en el patio de una casa emboscada. Después de él, no pudimos amar ningún otro animal.

Tlalpan



Hay ilusiones que suelen ser devastadoras. Tlalpan no es una de ellas. A menos que la fealdad indiscutible sea una ilusión que provenga de la idea preconcebida de la fealdad, de los parámetros para evaluar esa fealdad ante otras. La lógica de una avenida que atraviesa la ciudad como un mal aliento.

Acento costeño



No pude escribir ayer. No tenía palabras que combinaran con el clima. La temperatura en ciertas ocasiones nos lleva a delirios anímicos. Y no encontré palabras extremas que correspondieran a este vaho hirviente. Salir de la habitación con clima artificial al clima verdadero del concreto es como sentirse una pieza de carne congelada que alguien toma del refri y la deposita sin compasión alguna sobre el agua hirviendo. Puedo entender que en climas así la gente cometa homicidios, maltrato infantil, esquizofrenia y una ansiedad incomprensible por llegar a casa. No hay cerveza helada suficiente. Pensar en vivir en el calor seco del Norte está fuera de mi comprensión; prefiero habitar la humedad como un hielo que se desangra.

La lectura



Leer es ir al encuentro de algo que está a punto de ser y aún nadie sabe qué será...

Italo Calvino

¿Qué le voy a hacer si yo nací en el Pacífico? El Sanborns con su criterio de selección de *bestsellers* algunas veces era de gran ayuda, funcionaba mejor que la biblioteca pública. Leer en puerto requiere tiempo y recursos. La victoria de la lectura sigue muy de cerca el ocio burgués, el tiempo libre después del tiempo productivo. Terrible la sentencia de creer que sólo los ociosos leen. La promoción de la lectura nacional se concentra en la lectura como conocimiento, como acumulación de saberes, leer para pasar el examen, ir a la universidad, estudiar. La lectura del placer vive en la marginalidad aún... como si leer fuera sólo aceptar el sexo con fines de reproducción, olvidando el placer de uno y del otro. Si hubiera campañas con los libros como ejercicios de la sensualidad o como productores de orgasmos quizá, sólo quizá, aumentaría el número de lectores.

El mar, el mar...



Cuando llegué hacía un calor del carajo. Esperaban la lluvia pero no, es una niña fresa que no le gusta caer cuando la esperan, prefiere la sorpresa de los tontos a la mitad de la calle en un día soleado y sin señales de ella; pero aquí la esperaban de verdad, porque no hay otra manera de que refresque dicen los de aquí. Mientras uno se derrite aún en la regadera, en la playa, en las pequeñas calles con palmeras... La ropa interior molesta, el pelo se vuelve una cosa flotando encima de uno; a esto le llaman idílico: esta sensación de piel que se pega a las paredes, choc-choc, somos una sopa que camina. Las gotas de sudor en los ojos. Es comprensible el homicidio en estas tierras, por fastidio o por ahorrar palabras, nadie puede pensar coherentemente a estas temperaturas... amar es para tontos, quién quiere juntar un choc-choc de su piel ante el choc-choc de la otra... a partir de las siete de la noche el día es rescatable, hay una brisa sencilla como que pide disculpas de la inclemencia, una brisa vocera de la autoridad superior: dice que no va a venir pero que es un honor contar con un pueblo honesto y luchón, así dice cuando pasa entre nosotros... el aire acondicionado de los cafés, algunos restaurantes y los cajeros automáticos es otra tortura: yo no entro porque salir es peor castigo que el premio: estar refrigerado por unos pocos minutos y luego salir al vaho ardiente de golpe, ah, no, estoy convencida que ese salto mortal puede causar demencia, infidelidad, fratricidio, fraude electoral, amor a primera vista o cualquier otra locura. Yo no, yo me cuido el corazón ante las infamias y entrar ahí y luego salir es una infamia, de las peores.

Ahora estoy un poco mejor, le comento a mi hermano que si hace menos calor y dice que no, lo que pasa es que ya me estoy aclimatando... El aliento de Dios debe ser esto.

Fotos



Aunque claro, lo que yo no termino de entender es cómo vamos dejando que el tiempo se apodere de nosotros como un mal espíritu cuando vemos las fotos envejecidas... los relatos de nuestros hechos pasados, de las personas que abrazamos sonrientes y que ya no están, de las que no sabemos qué pasó con ellas, que se las tragó la misma fotografía que ahora nos acusa de haber sido más felices, más delgados, más aligerados. Si uno se deja llevar por el catálogo de imágenes encontrará sin duda varios motivos para tirarlo a la basura: el tiempo actual no puede superar la connotación de lo idílico, el mito que vive en cada uno cuando viejo se ve de joven: es como si no perdonáramos la transición. Eso, la transición de saltar de esos brazos, de esa madre, de esa vez en un parque, de una fiesta de cumpleaños, de unos primos, de unos amigos inseparables y saltar de todo eso al ahora: los tiempos de gracia tienen cabida sólo en un pasado que se idealiza, pero qué es también un pasado narrado en el presente sino idealización. Por eso no me conozco en las fotos. La joven que sonrío no puedo ser yo. Si yo no recuerdo nada, si la gente ahí me es ajena y la ropa que usé, la cama donde dormí, la mesa que puse tantas veces ya no existe. Las fotos me han despertado un afán súbito de querer este presente ahora tan vacío.

Lunes a 35 grados



En Zihuatanejo.

Estos lugares me derriten, literalmente. Habría que buscar hombres que saben comprar fruta, cómo no comprendí eso antes... La música arrabalera tiene grandes verdades filosóficas: el ser, la ipseidad, el desengaño como una irrupción a la ética de la conquista, dejar ir al otro, la libertad y el sentido de la nada; el amor que sufre en las cantinas es el mismo que llevó a Kierkegaard a escribir varios libros... el amor que transforma en su dolor al mismo hombre, la misma mujer, para dejarlos volver a su centro de identidad y representación.

En el calor es mejor no pensar mucho. Pensar cansa, eso me han dicho... A dos metros de la ventana, sobre el asfalto que hierve, una camioneta le sube al volumen a su música popular y dejo que entren las verdades a esta casa...

La ciudad de México. Éxodos centrípetos



Una ciudad, cualquiera, se ve sólo desde su exterior. Verla por dentro no es imposible pero es incierto. La Habana, Chicago, San Francisco, Buenos Aires, Los Ángeles, son visibles desde la ventanilla del avión. Una vez en ellas, abajo, perdemos el tamaño, el contexto, el color de su dimensión. Es en el exterior, en su orilla incluso, donde uno puede observar el contorno, lo sinuoso y fatal de su condición ambulante y lo frágil de su inmovilidad. Decir amar la ciudad, conocer la ciudad es una mentira piadosa. Cómo amar lo que no se ve, lo que no se comprende; quizá en ese fragmento amoroso radica, pues, el habitar una ciudad que parte hacia sí misma. En muchos trozos disímiles.

Porque, siendo francos, uno se desplaza por circuitos minúsculos: el lugar de trabajo, la escuela, la casa, los lugares de esparcimiento. Pocos son aquellos que exploran la ciudad, su laberinto colorido de líneas del metro sólo por curiosidad o vagancia productiva, las zonas conurbadas con sus encantadores suburbios; pero si las personas no tienen asuntos que tratar fuera de sus lugares cotidianos, se mueven por circuitos cerrados. Millones de habitantes en la ciudad de México, una de las más grandes y contaminadas del planeta, viven, respiran, se desplazan, se enamoran, compran helados, toman café, tienen arranques de furia controlables, sufren de ataques de pánico, hablan caminando con los amigos imaginarios del celular, escuchan música, bailan mientras esperan el metro o la pesera, como hamsters corriendo sobre la misma rueda generosa que proporciona el alimento; podríamos ver de lejos la salida del laberinto acostumbrado, pero la inercia de la costumbre es poderosa.

Caminamos en la misma dirección cada mañana, llenamos las horas pico con una simultaneidad abrumadora, no cabemos en los vagones a las seis, siete, ocho de la mañana. Nos separan por género como en una enorme arca de Noé urbanizada: “sólo damas, caballeros a la derecha”. Ahora, en este siglo tan vilipendiado, hay campañas para detener el acoso sexual a las mujeres en el transporte público: “fuera manos”, dicen los carteles.

Y por primera vez, desde que vivo aquí, he visto en algunas estaciones de líneas en las que se hace transbordo, a policías subidos en unas tarimas: vigilar y castigar, pienso en

Foucault, pero él no está aquí para ver estas estatuas vivientes como las de Barcelona, y quiero pensar que sus armas no funcionan: y qué podrían hacer además: ¿contener los motines de los que perdieron el convoy, detener a los cientos de vendedores ambulantes diarios que son los verdaderos movilizados del capital porque son ellos los que sacan las monedas de los bolsillos obreros? Microeconomía que mueve las grandes corporaciones en China y afecta la bolsa de valores, sólo por comprar el último CD pirata, *Los éxitos inolvidables del momento*.

A quien se le olvide cuánta gente puede caber en una ciudad, que la conozca en su lado más oscuro: la hora pico en Pino Suárez, Hidalgo, Balderas, Insurgentes o Chilpancingo, tanto en metro como en metrobús. Los mismos rostros a las mismas horas tomando el mismo transporte porque no hay muchas opciones: llenamos los vagones, las oficinas, los cubículos de la universidad, las bancas de los parques, cientos de personas compartiendo el mismo aire viciado que disfrazamos con uno que otro metro cuadrado de verde y les llamamos jardines; somos los mismos, codo a codo, todos juntos, tan juntos que sería imposible no tocarse, pero nos molestamos al mínimo roce corporal.

La concepción del cuerpo se transforma en la hora pico: uno es dueño de su pierna, de su brazo que está muy cerca del pecho de una señora, del ojo del señor bajito, y así sucesivamente defendemos el cuerpo que nos pertenece para después, ya liberados de la multitud encerrada, dejarlo suelto, olvidado, llevado a fuerzas a la implacable lucha del día.

Un joven escucha música y lee un libro. Yo lo veo desde mi asiento enfrente; se ve tan calmo, como si habitara otro lugar: él no está en el mismo vagón que yo, sonrío porque habita el libro y la música, maneras de evadirse tan necesarias como difíciles de construir. Sonrío porque ya veo venir al ambulante con su grabadora infame a alterar la paz de los últimos cinco minutos.

Entonces la histeria da comienzo: la señora compra el CD y regaña al hijo pequeño al mismo tiempo, una mujer discute a gritos con un hombre porque jura que la tocó de manera inapropiada.

El vendedor ambulante es una señora gorda vestida de licra, trae un chicle y tenis de marca. Pero detrás de ella vienen los ciegos, los travestis que piden dinero para las medicinas caras que necesitan en los centros de ayuda para enfermos de sida, los maltratados de la calle, los faquires improvisados de espaldas sangrantes, las mujeres embarazadas o de hijos pequeños, y los vendedores de CDs, de bolígrafos, de archiveros plásticos, del recuerdo para el niño para la niña, de las pasitas con chocolate, paletas, de libros de oferta de Montemayor o Fuentes (los Carlos de moda, aunque no he visto de Monsiváis, seguro lo venden en otra línea).

El joven no deja el libro a pesar de los volantes en su regazo que hablan de que si uno ama debe dejar ir, si regresa... o las oraciones plastificadas que cuestan cinco pesos para ayudar a los sordomudos.

Pese a todo, cada uno de nosotros se aferra a la idea de una individualidad irrenunciable, férrea, casi pacífica. Algo no pasa en la ciudad. Lo que sea que deba pasar no pasa. La violencia va en aumento: basta ver a los conductores. Como animales heridos responden a la provocación inexistente o mínima. Contestan con furia en el claxon. A diario somos testigos de las escenas caóticas, sentimentales, que alimentan las pasiones

colectivas, las que nadie recuerda una semana después. Las pasiones viven en la cuerda sensible del abandono elemental de una sociedad sin orden. La ley es inoperante, no como un aparato descompuesto sino inexistente: sólo está su nombre y su tramitología inacabable. Algo no pasa en la ciudad porque aún hay cordura. Nos vestimos, nos conducimos a los lugares donde nos esperan, nos dejamos llevar por la prisa o las circunstancias del ocio. Nos alimentamos a todas horas gracias a los puestos de comida las veinticuatro horas: vísceras fritas, jugos de apio con nopal, cinco tacos de algo por doce pesos, camarones de Tlalpan, tortas de quesos plásticos, tamales fritos, cocidos, ricos y deliciosos tamales oaxaqueños, inventos de la ciudad de la comida de provincia, pero sobre todo tacos. De lo que sea. Tacos. Qué sería de este país respetable sin el maíz que le da historia y esplendor en sus libros de texto gratuitos.

Vivimos la ciudad inventada. Individual. Hay quienes creen vivir la ciudad de cafés y restaurantes *lounge* de Polanco o de la Condesa, la ciudad de la clase ilustrada, egresados de escuelas activas, blancos en su mayoría y bilingües si no políglotas. La ciudad del ligue los viernes en la noche, chic, de los excesos que una familia comprensiva y tolerante perdonará, una familia nacional, católica, pero quién cuestiona los grados de la fe.

La ciudad de la clase trabajadora, cuya segunda o tercera generación ya nace en el Distrito Federal y tiene acceso a las universidades públicas. La ciudad de universitarios de periferismo tangible: viven en las orillas o en las colonias proletarias, saben de las rutas de los peseros, dónde están las cantinas que no salen en las revistas de la Condechi. La Portales y la Jardín Balbuena o Villa Coapa, los centros comerciales, las placitas más concurridas porque recuerdan la provincia idealizada; entre los distintos espacios hay múltiples ciudades.

Habítamos, pues, una ciudad dividida en capas sociales, raciales, económicas, simbólicas, apáticas, circulares, neuróticas, surrealistas, hiperrealistas, hippies, determinadas por una naturaleza indisoluble. La ciudad de los peatones no es la de los conductores. Los lectores de transporte público contra los vendedores ambulantes contra los comedores compulsivos de la calle. La ciudad donde las mujeres de minifalda no circulan en el metro en las noches, donde los espacios públicos siguen siendo dominados por hombres; basta ir a una cantina en el centro un jueves a las nueve de la noche para dar cuenta de ello. Una ciudad que no vemos en su dimensión torrencial.

La ciudad encierra y excluye, no hay un desarrollo de hábitos democráticos o de integración. Hay lugares donde parece que todo se concentra: Coyoacán, la Condesa, la Roma, la Zona Rosa, el Centro Histórico, dejando los márgenes del Sur y el Norte más divididos.

Pero son esferas ilusorias. Esta ciudad no se habita ni se pertenece, ni se ama. Uno se queda aquí por la rueda de la inercia hasta que encontramos la clave, la palabra secreta, y decidimos que no hay quien aguante más el tráfico y el estrés y nos vamos a vivir a una ciudad pequeña que podamos recorrer en cuarenta minutos, que podamos hacer citas y estar ahí en diez minutos, como sueñan los capitalinos: estar ahí, donde uno pueda ser accesible y franco.

Nota sobre narratología



Tu cuerpo lo veo desde mi perspectiva: es mi discurso favorito. Me gusta describirte y narrarte, te has vuelto mi centro de imantación semántica. Isocrónicamente^[2] hay probabilidades de no volverte a ver, pero guardo de ti la elipsis^[3] y el tempo variable. Tu analepsis repetitiva,^[4] tu función de referencia, tus ojos almendrados, tu forma exquisita y el subtexto sutil que te rodea me han convertido en tu lectora implícita.^[5] Quizá, es probable, imagino, puede que exista un narrador omnisciente allá afuera que contará todo de nosotros, pero no importa: eres mi narración iterativa,^[6] mi motivo ontológico. Al final, toda relación homodiegética guarda en sí sus propias claves de lectura y no tenemos que defender ni justificar ni una sola línea ante los demás. Habita en ti un sentido de libertad que abruma, como las descripciones de una novela rusa o francesa del siglo XIX. Hay paseos ante las riveras del Sena que no haremos porque no está en nuestro tiempo ni en nuestra escena pero son hermosas las manos que suceden espontáneas. El relato individual que nos posee tiene su propio ritmo y aún en la ausencia —lo que menos me gusta de ti— sabré tenerte como un texto clásico: te actualizo en la memoria y te sincronizo a mi propio tiempo, a mi sola escena.

Aviso



Ser capaz de hablar en la lluvia y decir con palabras que saben a cántaros que un pájaro vino en la madrugada y decía tu nombre cuando lo había olvidado.

Los hábitos del clan



Los hábitos del clan son llamar por el nombre prohibido e invocar a los yos verdaderos a la ceremonia de la honestidad. Estar atentos a la memoria de los muertos porque no habitan aquí y transitan de un lugar a otro. Cualquier motivo de júbilo puede considerarse una invitación a su traslúcida presencia. Marcar con tinta roja el corazón de los recién casados para que no olviden el lugar de sus moradas. Para que comprendan —cuando es fresco— que el amor es sólo una tinta que se borra. No intercambiar sueños maléficos, puede que los sueños se suspendan como alientos en la misma comunidad y que al otro que no soñó le suceda en verdad la pesadilla, el tormento, la vigilia inmerecida. Llamarse propios para diferenciarse de los demás. Para tener lengua común y reconocer al extranjero. Para vivir y sorprenderse, para viajar y regresar y decir propios o quedarse fuera y decir pertenecer. Para extrañar o perecer sin los ritos familiares. Llenar de sal las espaldas de los hermanos para que uno lama la espalda del otro y aprendan a tenerse para siempre. Los hábitos del clan son numerar las casas, los árboles, los animales domésticos, los niños nuevos, para decir que no es salvaje el inventario. Que el censo es un rasgo apenas emocional, limítrofe, entre el antes y el ahora...

El amor se nos cae encima



Porque de repente así, sin más, el amor se nos cae encima, como un tejado ante una tormenta inesperada. En el día que va los instantes no poseen luz mas su forma anuncia una tarde bochornosa, lejana. Como si le pasara a alguien más. Un insecto zumba y soy consciente del día que se parte. Una mujer al lado mío, en el café, habla de un hombre que no comprende la libertad.

Planear



Los planes son los sucesos que viven entre el deseo, la ambición, la administración del tiempo privado, y algunas veces se dan y otras no. Es mentira eso de que con los años la gente aprende de los errores, para nada, uno vive repitiéndolos, justificándolos, amándolos casi en su catálogo próximo. Uno fluctúa en las edades como en los vagones del metro. La idea de que tenemos todo por delante nos repiten, ya no se aplica a nosotros. Estamos a la mitad de algo que sospechamos: lo que viene se llama orden o algo así y lo que queda atrás se llama nostalgia.

Lo que pasa...



Lo que pasa es que hay gente que no sabe disfrazar los sueños. A los demás les llamamos artistas...

Orden allá arriba



Mi cabeza debería tener dentro una serie de canales para el intercambio de ideas... en su lugar hay una estación de metro que conecta a una red de autobuses foráneos más el tren que conecta a Xochimilco. Para rematar afuera está el mercado de ambulantes: esa es mi cabeza, y en sus horas pico, uf, el roce de una persona con otra puede ser motivo de la molestia gratuita del día o el pretexto ideal para irse a los golpes... las ideas son ciudadanos irresponsables. Se les dice trabaja, recicla, tira la basura en su lugar, y nomás se dejan conducir dóciles en vagones trapeados con líquidos sospechosos...

Capitalismos salvajes y capitales perdidos



Más pronto que después me he dado cuenta que soy una descapitalizada. Bourdieu no me salva con eso del capital social o cultural porque la cultura no es ni parece alcanzar grados de lo medible, ni mucho menos de lo satisfactorio. El budismo me tiene sin cuidado. El yin-yang son tiendas de lámparas chinas de papel. Las distancias que separan son más precisas aún con internet. La vida que no se mueve da pena. También da pena la nomadía. Comer afuera porque hace sol reconcilia, eso sí. Debajo de mí una casa. Sin puertas ni ventanas. Una casa en ruinas, debajo de mí. Llevo maletas para quedarme en un lugar lejano pero la aduana no acepta mi pasaporte y estoy detenida por horas sin poder recordar cuándo era libre. Apresar la cama al regreso. Oler el cobertor, mirar el único árbol escuálido del jardín de al lado. Escuchar a los vecinos con sus gritos domesticados como gatos sobre sofás mullidos, gritando porque está en su especie.

Chicago I



Esta no es una ciudad, es un aislado centro de detención que separa por edades, por color de piel y acento al hablar.

Pero no es racial, claro que no; dicen democracia: todos pueden vivir y trabajar ahí, ganarse la vida como gente decente.

Comer el pan con el sudor de frente y manos y todo el cuerpo que construyó piedra a piedra, ladrillo a ladrillo, este nuevo país que ostenta sus banderas de barras y estrellas en sus balcones, en sus bancos, en sus tarjetas de presentación.

Todos pueden entrar a los bares y tomarse una cerveza como gente decente que merece cerveza, pero no es racial que algunos latinos no puedan entrar. En 1930, un hombre negro cruzó en el río la línea imaginaria que separaba a blancos y negros y fue herido con una piedra —que arrojó la mano de un hombre blanco— que lo hundiría en ese río como la tumba que su madre no hubiera elegido para él; tres días de enfrentamientos entre negros y blancos. Las fotos muestran policías pateando en el suelo a otro hombre que no había cruzado ni río, ni línea imaginaria, pero quería protestar por la desnuda muerte de su compañero.

No es racial que la publicidad ostente un país de colores de piel y cabellos diferentes, viviendo en la armonía de las camisetas blancas —puras— de algodón, de bebidas exóticas a base de frutas importadas desde países tan soleados como pobres; el discurso oficial agradece a la población migrante que hubiera perseguido el sueño y se hubiera lanzado sin nada en los bolsillos a este lugar —casi el edén en el no paraíso— a formar con su fe inacabable este país que le debe todo.

Chicago II



Esta ciudad tiene historia de migrantes y rascacielos, sus casas son de ladrillo rojo y amplios porches, la gente habla español en el aeropuerto. Uno se siente en casa. Un restaurante libanés donde los cocineros son mexicanos y los meseros de Europa del Este... La ciudad estigmatiza, divide en barrios geolingüísticos, los nuevos guetos urbanos, el de los polacos, el de los suizos, el de los italianos y así sucesivamente. Pero pienso también que fue aquí donde ocurrieron sucesos como las luchas por los derechos de los obreros a principios del siglo, y pese a la división de lengua y país de origen, hay algo que une a todos esos barrios, el trabajo. Las grandes ciudades se mueven en escenas movedizas, unas de calma intrascendente y otras, como sucede ahora en ciertas ciudades de Estados Unidos, se mueven a polos de extranjerización y de calificación racial, como si el país entero decidiera dar vuelta a la página de los derechos ganados y de los privilegios de color de la piel y de lengua hablada. Palabras como el otro, el extraño, el extranjero toman un sentido negativo, no es el encuentro con el otro sino la negación de ese otro, el rechazo a lo lejano, a la extranjería, que no posee derechos aunque trabaje y pague impuestos, al migrante legal e ilegal, lo que puede hacer que se disparen cosas que parecen dormidas pero están ahí, como una cuerda extendida esperando al primero que pase y tropiece para caerle encima.

Empacados al vacío. Ensayos sobre nada, de Brenda Ríos, se terminó de formar en julio de 2015 en la ciudad de México.

Notas

[1] Tomado de *Las obras del amor* (obra escrita en dos tomos en 1847) de Sören Kierkegaard, trad. de Demetrio G. Rivero, revisada y actualizada por Victoria Alonso. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2006. [<<](#)

[2] Hace referencia a la escena, un tempo narrativo en el que se da la relación convencional de concordancia entre historia y discurso: la duración diegética de los sucesos es equivalente a su extensión textual en el discurso narrativo. [<<](#)

[3] Movimiento narrativo que da una impresión de máxima aceleración. [<<](#)

^[4] Constituye un recurso narrativo en virtud del cual el “texto recupera su propio pasado”.

<<

[5] Una estructura textual que anticipa la presencia de un receptor sin que necesariamente lo defina. [<<](#)

^[6] Cuando sucesos semejantes que tienen lugar en más de una ocasión en la historia se relatan sólo una vez <<